

SANCTI ISIDORI HISPALENSIS EPISCOPI SINÓNIMOS SOBRE EL LAMENTO DEL ALMA PECADORA.

Prólogo primero.

1. En el siguiente libro, que se titula Sinónimos, es decir, muchas palabras que convergen en un solo significado, el santo de recordada memoria Isidoro, arzobispo de Sevilla, introduce la figura de un hombre que se lamenta en las miserias de este mundo presente, llorándose a sí mismo casi hasta el punto de la desesperación, a quien la razón, con admirable intervención, consuela con suave moderación, y lo reforma de la caída de la desesperación a la esperanza del perdón, enseñándole maravillosamente cómo evitar la caída del mundo engañoso y cómo adoptar la forma de vida espiritual.

2. Luego, llevándolo hasta el ascenso de la contemplación, lo conduce hasta la cima de la perfección. Finalmente, llevado a ser un hombre perfecto, ofrece a la misma razón las debidas gracias. En esta obra, cualquiera que se esfuerce por avanzar con mente atenta, sin duda encontrará cómo evitar los vicios, cómo llorar los pecados cometidos, y de qué manera, reparado por los lamentos de la penitencia, puede llegar al fruto de la santa operación, para que no perezca con las concupiscencias del mundo, sino que viva recompensado con premios eternos con Cristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Prólogo segundo. Isidoro saluda al lector.

3. Recientemente llegó a mis manos un cierto escrito, que llaman Sinónimos; cuya forma persuadió a mi ánimo a componer un lamento para mí o para los miserables. En efecto, imité no el estilo de esa obra, sino mi propio deseo.

4. Así que, quienquiera que seas, léelo con gusto, y mientras te tocan las adversidades del mundo, examínate a ti mismo con juicio crítico, y reconocerás de inmediato que cualesquiera aflicciones que padezcas en este mundo, te son infligidas con la más justa retribución. Aquí se introducen dos personajes, el hombre que llora y la razón que amonesta.

LIBRO PRIMERO.

5. Mi alma está en angustias, mi espíritu se agita, mi corazón fluctúa, la angustia del alma me posee. La angustia del alma me aflige, estoy rodeado de todos los males, cercado de miserias, encerrado en adversidades, cubierto de infortunio, oprimido por angustias, no encuentro refugio en ninguna parte para tanto mal, no hallo argumento para tanto dolor, no comprendo indicios para evadir la calamidad, no recojo argumentos para disminuir el dolor, no encuentro huellas para escapar de la muerte, en todas partes mi infelicidad me persigue, en casa y fuera de ella mi calamidad no me abandona.

6. Dondequiera que huyo, mis males me persiguen; dondequiera que me vuelvo, la sombra de mis males me acompaña; como la sombra del cuerpo, así no puedo huir de mis males. Yo soy ese hombre de nombre desconocido, hombre de opinión oscura, hombre de linaje ínfimo, conocido solo por mí mismo, conocido solo por mí; nunca hice mal a nadie, no calumnié a nadie, no me opuse a nadie; no causé molestia a nadie, no fui inquieto para nadie, viví sin queja entre los hombres; todos intentan herir mi vida, todos rechinan y enloquecen contra mí, con mano unida me lanzan peligros, me arrastran a la ruina, me llevan al peligro, llaman a mi salvación al riesgo.

7. Nadie me ofrece protección, nadie me brinda defensa, nadie me da apoyo, nadie socorre mis males, estoy abandonado por todos los hombres; quienesquiera que me miran, o huyen, o tal vez me persiguen, me miran como a un infeliz, y no sé qué me dicen con palabras pacíficas en engaño; adornan la malicia oculta con discursos halagadores, y prometen una cosa con la boca, mientras en el corazón meditan otra. Destruyen con obras lo que prometen con palabras, bajo el hábito de la piedad avanzan con ánimo venenoso. Ocultan la malicia con el disfraz de la bondad, ocultan la astucia con la simplicidad, simulan amistad con engaño, muestran en el rostro lo que no llevan en el corazón. ¿A quién creer? ¿En quién confiar? ¿A quién considerar cercano? ¿Dónde está ahora la fe? La fe ha perecido, la fe ha sido arrebatada, en ninguna parte hay fe segura. Si nada es legítimo, si no hay verdad en el juicio, si se rechaza la equidad, si no se cree en la justicia, si se niega la justicia a todos, las leyes perecen, la avaricia juzgando.

8. Ha crecido la avaricia, la ley ha perecido por el amor a la codicia, las leyes no valen nada, las recompensas y los dones han quitado fuerza a las leyes. En todas partes el dinero vence, en todas partes el juicio está en venta; no hay temor a las leyes, no hay miedo al juicio. La licencia de vivir mal permanece impune, nadie contradice a los pecadores, ni nadie castiga el crimen. Todo crimen queda impune, los inicuos se salvan, los inocentes perecen, los buenos carecen, los malvados abundan, los criminales son poderosos.

9. Los justos carecen, los inicuos son honrados, los justos son despreciados, los inicuos se alegran, los justos están en tristeza y luto. El impío prevalece contra el justo, los malos condenan a los buenos, el iniquo es honrado en lugar del justo, el justo es condenado en lugar del impío, los inocentes perecen por los culpables, sin que nada lo impida.

10. Sin causa, sin acusación, sin malicia, me imputan un crimen, me lanzan un crimen, tejen nudos de crimen contra mí. Convierten en mí el lugar del crimen y la sospecha. Me llevan al crimen y al peligro, me imputan un crimen del cual no tengo conciencia. Nada está explorado, nada está descubierto, nada está investigado, nada está encontrado, sin embargo, no cesan de inventar males contra mí, no cesan de preparar falsos testimonios, no dejan de presentar acusadores, no permiten que los jueces escriban.

11. Soy juzgado por la falsa y cruel sentencia de testigos y jueces. Por la falsa sentencia de los testigos, siendo inocente, soy llevado a la muerte. Del mismo consejo son los testigos, del mismo son los jueces, del mismo grupo son los acusadores. Oponen jueces malvados, presentan testigos falsos, en cuyo testimonio confían. Nadie disiente de ellos, nadie discorda, nadie rechaza su consejo. ¿A quién diré? ¿A quién creeré? ¿A quién hablaré? ¿A quién acudiré? ¿De quién pediré consejo? ¿En quién pondré mi ánimo? ¿A quién buscaré principalmente?

12. Soy odioso para todos, estoy abandonado por el amor de todos, todos me rechazan, todos me abominan con abominación, todos me horrorizan, todos me repudian, todos intentan mi abdicación: quiero refugiarme en ellos, pero amenazan; deseo suplicarles, pero huyen, se oponen y odian; quiero tenerlos propicios suplicando, pero ellos son más molestos; a veces se unen con falsa caridad, no para consolar, sino para tentar; hablan con simulación, y si callan, no es un silencio simple; buscan qué acusar, buscan qué escuchar, buscan qué traicionar, exploran de dónde engañar.

13. Yo, sin embargo, con la cabeza reclinada, el rostro humillado, el semblante abatido, guardo silencio, callo, persisto en el silencio comenzado, puse guardia a mi boca, di un sello a mi boca, reprimí la voz del discurso, retiré la lengua de la locución; incluso preguntado sobre

el bien, callo, pues preferí callar ante los malvados que responder. Sin embargo, ellos no cesan, ellos más bien se enfurecen; persiguen más al herido, más y más se lanzan sobre mí, claman sobre mí con gritos, lanzan sobre mí insultos petulantes con voz, gesto, ruido.

14. Se lanzan sobre mí, con voz abierta lanzan insultos y oprobios sobre mí, y, provocados por otro, todos se concitan contra mí, todos vuelven sus armas hacia mí: todos se enfurecen contra mí, todos intentan mi ruina, todos preparan sus manos para mi muerte. En tanto miedo, en tanto pavor, en tanto temor, me he consumido miserable, he palidecido miserable, me he vuelto exangüe, mi corazón se ha marchitado, ardo de pavor, me consumo de miedo, el temor y el temblor han sacudido mi alma.

15. Así he sido empujado al exilio, así he sido condenado al exilio, así lloro la pena del exilio, así gimo la condena del exilio, atado al yugo de la servidumbre, oprimido por el peso de la condición, entregado al trabajo servil, en el frío, en la nieve, en el hielo, en las tempestades oscuras, puesto en todo trabajo, en todo peligro. Después de la pérdida de bienes, después de la pérdida de todas las cosas, me he vuelto indigente y pobre, carezco, mendigo infeliz, pido públicamente limosna, nadie extiende la mano al necesitado, nadie socorre al indigente, no soy digno de compasión para nadie, estoy desolado de toda misericordia, no hay quien tenga piedad.

16. Todos desprecian al mendigo, no alimentan al hambriento ni con sus migajas, en la boca del sediento nadie destila una gota de refrigerio, nadie me ofrece ni siquiera un poco de rocío de agua, pues me he vuelto abominable para todos. Quienesquiera que me miran, todos me desprecian como a un ulceroso, me escupen como a un apestoso, temen tocarme como a un leproso. La carne yace atada al hierro, yace oprimida por cadenas, yace ligada con grilletes, yace encadenada con esposas, no faltan tormentos, no faltan torturas, no me faltan suplicios, cada día la crueldad se ensaña más en mí.

17. Los verdugos de mi cuerpo me laceran con nuevos tormentos, con un género de penas inaudito desgarran mis entrañas y mis miembros, todo lo que pueden imaginar de cruel lo ejercen sobre mí, no muero de una muerte simple, extorsionado por mil penas, sometido a mil tormentos, lacerado por mil suplicios. Mi carne, cortada por las heridas, se ha podrido, los costados semiquemados vierten pus, los miembros lacerados se deshacen en putrefacción, con lágrimas mana sangre, con llanto gotea sangre; no es solo llanto de lágrimas, sino de heridas.

18. Consumido estoy de dolor, en el dolor el alma y el cuerpo desfallecen: la mente ya está vencida, el alma está cerrada por el dolor, he sentido muchas cosas intolerables, he soportado muchas cosas amargas, he sufrido muchas cosas graves; nunca he recibido una herida tan grave y cruel, he sido oprimido por una herida inesperada, he sido golpeado por una muerte momentánea, la calamidad de la vida me ha arrojado a tanto mal de manera imprevista. La calamidad repentina me ha oprimido, la muerte repentina y los accidentes me han derribado.

19. ¿Por qué nací infeliz? ¿Por qué fui arrojado a esta vida miserable? ¿Para qué vi esta luz miserable? ¿Para qué me ocurrió el nacimiento de esta vida miserable? Ojalá hubiera salido más rápido del mundo de lo que entré, de cualquier manera ya me retiraría. Pero ¡ay! la muerte esperada por los miserables llega tarde. Al que desea morir ya le es permitido caer. Me es tedioso vivir, mi deseo es morir, solo la muerte me agrada. ¡Oh muerte, cuán dulce eres para los miserables! ¡Oh muerte, cuán suave eres para los que viven amargamente! ¡Cuán agradable eres, oh muerte, para los tristes y afligidos!

20. Que se acerque, pues, al gran mal de la vida el gran consuelo de la muerte, que sea el fin de tantos males el término de la vida, que la sepultura dé fin a la miseria, y si no la vida, al menos que la muerte comience a tener piedad. La muerte impone fin a todos los males, la muerte ofrece término a la calamidad, la muerte quita toda calamidad.

21. Ciertamente, al menos la muerte socorre a los miserables, es mejor morir bien que vivir mal; es mejor no ser que ser infeliz; en comparación con mis miserias, los muertos son más felices que los vivos; perdonad mi dolor, os lo ruego: perdonad mi tristeza, os lo ruego; dad perdón a mi angustia, perdonad mis dolores, no os mováis contra mí en tanto dolor; pues lloro mi herida, deploro mi calamidad, lloro la desgracia familiar de mi miseria, pues el dolor proporciona más; no puedo consolarme, miserable, pues mi dolor es impaciente, mi tristeza es infinita. No se alivia en absoluto mi herida, no hay límite a las lágrimas, no hay fin a los dolores, ya no hay confianza en el ánimo, ya el ánimo no puede soportar, ya el ánimo vencido por las miserias ha caído.

22. Oh hombre, ¿por qué desconfías tanto en el ánimo? ¿Por qué te debilitas tanto en la mente? ¿Por qué pierdes toda esperanza y confianza? ¿Por qué te dispersas tanto en el ánimo? ¿Por qué te abates tanto en la adversidad? Deja la tristeza, deja de estar triste, rechaza la tristeza de ti, no sucumbas a la tristeza, no te entregues tanto a la tristeza, rechaza el dolor de tu corazón, excluye el dolor del ánimo, frena el ímpetu del dolor, no persistas en el dolor, vence el dolor del ánimo, supera el dolor de la mente.

23. ¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Cómo? ¿De qué modo? ¿Con qué razón? ¿Con qué arte? ¿Con qué consejo? ¿Con qué ingenio?

24. Con toda fuerza, con todo poder, con todo ingenio, con toda virtud, con todo arte, con toda razón, con todo consejo, con toda insistencia, toma la lucha contra las molestias corporales; sé firme en todos los casos, soporta todo con paciencia, soporta con ánimo sereno todas las adversidades. No atiendas solo a tu condición singular, no es solo tu amargura la que debes considerar, no es solo tu calamidad la que debes tener en cuenta; observa los casos similares de otros, atiende a las miserias de aquellos a quienes les ha sucedido algo amargo; mientras recuerdas los peligros ajenos, soportas más suavemente los tuyos; pues los ejemplos de otros alivian el dolor, el hombre se consuela más fácilmente con los males ajenos.

25. ¿Por qué acusas tus decretos más amargos? ¿Por qué causas tanto lamento por tu peligro? Tus suplicios no son nuevos, tienes ejemplos de calamidad. ¿Cuántos han soportado tales casos, cuántos han soportado tales peligros? Debe ser soportado pacientemente por uno lo que a muchos les ha sucedido tolerablemente. La pena de esta vida es breve, y tanto el que aflige como el que es afligido son mortales. La tribulación de este tiempo tiene fin.

26. Todo en este siglo pasa, y no permanece; todo lo que viene no puede permanecer. Nada es tan largo, nada es tan prolongado, que no termine pronto, todo bajo el cielo tiene su fin; es imposible que seas hombre y no pruebes angustias: el dolor y la tristeza son comunes a todos, todos en este mundo soportamos eventos similares. Nadie está exento de mal en perpetuidad, nadie hay que en este mundo no sufra, nadie hay que en esta vida no suspire: esta vida está llena de lágrimas, esta vida comienza con llantos; quien nace comienza a vivir con llanto, somos arrojados llorando a esta vida miserable, el mismo nacimiento es el gemido de los dolores que siguen.

27. Interpón, pues, la razón en ti, sé partícipe de la razón, que la razón prevalezca en ti, temple el ánimo con razón, la razón confirma el alma, que la razón reprima la fuerza de tanto

dolor; con el ánimo confirmado, no temes ningún peligro. Nos conviene entrar en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones (Hechos 14, 21). Las pasiones de este tiempo no son dignas de la gloria futura que se revelará en nosotros (Romanos 8, 18); lo que es presente es momentáneo, y las leves tribulaciones en nosotros: lo que es eterno es sobre manera, un peso excelente de gloria; la tribulación es útil, las presiones de esta vida son útiles.

28. La maldad de los males no te mata, sino que te instruye; la adversidad de los malvados no te derriba, sino que te eleva; la tentación humana te corrige, no te mata; pues cuanto más somos quebrantados en este mundo, tanto más somos fortalecidos en el mundo perpetuo; cuanto más somos afligidos en el presente, tanto más nos regocijaremos en el futuro. Si aquí somos golpeados con azotes, seremos hallados purificados en el juicio. Dios siempre hiere aquí a quienes prepara para la salvación perpetua. En el horno se prueba el oro, tú, para que carezcas de impureza, eres purificado en el horno de la tribulación, para que aparezcas mejor, eres fundido en el fuego de la persecución, para que seas purificado de toda impureza de pecados, todo lo que soportas es para tu prueba.

29. No murmures, pues, no blasfemes, no digas: ¿Por qué soporto males? ¿Por qué soy afligido? ¿Para qué sufro males? Sino más bien di: He pecado, recibo lo que merecía. No siento la venganza igual a mi pecado, reconozco que he sido golpeado menos de lo que merecía, según la medida del crimen, la retribución de la venganza es menor, según el mérito de los pecados, la causa de las penas es desigual, no son tantos los suplicios como fueron los pecados. Pues quien murmura bajo los azotes, irrita más a Dios contra sí, provoca más el furor de Dios, aumenta más para sí la ira de Dios indignado.

30. Pero quien soporta pacientemente las adversidades, aplaca más rápidamente a Dios. Si quieres ser purificado, acúsate en la pena, y alaba la justicia de Dios; para tu purificación es provechoso, si refieres lo que sufres a la justicia de Dios, si por la injuria infligida glorificas humildemente a Dios. Pues Dios te corrige con el azote de la piadosa corrección, ejerce en ti la disciplina, y quien te llamaba a sí perdonándote, te clama golpeándote, para que regreses. Considera, oh hombre, cualesquiera tormentos del mundo, atiende con el ánimo cualesquiera penas del siglo, cualesquiera dolores de tormentos, cualesquiera amargas de dolores; compara todo esto con el infierno y es leve todo lo que sufres; si temes, teme esas penas; estas son temporales, aquellas son eternas; estas tienen fin, aquellas son perpetuas; en estas, muriendo, los tormentos se retiran, en aquellas, muriendo, el dolor eterno sucede.

31. Si te has convertido, lo que sufres es corrección; pues los azotes absuelven de los pecados al convertido, las plagas presentes aprovechan al convertido para la purificación. Pues quien aquí es corregido por el castigo, allí es liberado; pero quienes no se corrigen ni bajo el azote, son condenados tanto con la pena temporal como con la eterna, y primero son juzgados en este mundo, y allí de nuevo en el futuro. Para estos hay doble condenación, para estos hay doble golpe, porque aquí tienen el inicio de los tormentos, y allí la perfección de las penas. Mira que la mano de Dios te ha entregado al castigo.

32. Pero sabe, oh hombre, que nadie podría haberte adversado, si Dios no hubiera dado el poder; ni el adversario habría tenido poder sobre ti, si Dios no lo permitiera, todo lo que te sucede no viene sin la voluntad de Dios, el poder de los inicuos sobre ti se da por la licencia de Dios. Todos los que te adversan lo hacen por el consejo de Dios, la mano de Dios te ha entregado al castigo, la indignación de Dios ha ordenado que seas afligido. Él mismo, enojado, ha ordenado que experimentes todos los males, pues lo que enfermas, lo que eres afectado por las enfermedades de la carne, lo que eres quebrantado por las debilidades del cuerpo, lo que eres atormentado por los estímulos de las enfermedades, lo que eres sacudido

por las pasiones del ánimo, lo que eres atormentado por la angustia de la mente, lo que eres agitado por el espíritu de la impugnación que avanza, y esto mismo te lo impone la justicia divina por tu pecado, y esto mismo te lo impone la sentencia del juicio divino por tu culpa.

33. Pues toda adversidad de las cosas se excita por los méritos de tus delitos, tus armas luchan contra ti, eres herido por tus flechas, eres herido por tus dardos; pues por lo que pecaste, por eso eres atormentado (Sabiduría 11, 17). Seguiste la carne, eres azotado en la carne, gimes en la misma en la que pecaste, eres atormentado en la misma en la que delinquistes, esa misma es para ti la censura del suplicio, que fue la causa del pecado; de donde caíste en los vicios, de allí lloras los tormentos.

34. Oh hombre, examina tu conciencia, enfoca tu mente, examínate, que te hable tu corazón, considera tu mérito; justamente eres reprendido, justamente eres castigado, eres juzgado con justo juicio, una tormenta justa te destruye, el castigo de la justicia te oprime, pues no haces nada bueno, nada recto, nada equitativo, nada justo, nada santo, no hay santidad en ti, ni pudor, ni memoria de dignidad, nada digno de Dios.

35. Pecas diariamente, diariamente caes, diariamente te precipitas hacia lo peor: tu altivez no se retira, tu soberbia no se depone, el orgullo y la jactancia no se contienen, también te arrastra la furia, te inflama la ira, el clamor te excita, la indignación te conmueve, siempre dispuesto a la ira te enojas en exceso, te mueves con furia más allá de la medida del alma, acostumbrado a envidiar a los buenos, acostumbrado a envidiar a los mejores, siempre envidioso de las virtudes ajenas, siempre rival de las felicidades ajenas.

36. ¿A quién no has lacerado? ¿A quién alguna vez no has difamado? ¿De quién no has destruido la vida? ¿A quién no has lanzado infamia? Falso, inconstante, infiel, avaro, tacaño, estéril, inhumano, infructuoso; no hay en ti misericordia alguna, has caído en las concupiscencias del siglo, y te has deslizado en las codicias del mundo; ardes en amor terrenal; acumulas cosas percederas, la sed de tu codicia no sabe saciarse; diariamente te envuelves en nuevos pecados, aumentas los antiguos con nuevos crímenes, no diluyes el crimen, sino que lo prolongas, nunca sacias la llama de la concupiscencia lujuriosa.

37. ¡Oh infeliz de ti, no te avergüenzas de ser salpicado por muchas lujurias; corruptor lujurioso, lujurioso adúltero, ¿así persistes en las lujurias? ¿así perseveras en el escándalo? ¿así permaneces en la lujuria? ¿así persistes en el amor carnal? ¡Ay! ¿hasta cuándo, hasta dónde errarás? ¿a qué fin te llevará la desenfrenada lujuria? ya finalmente cesa de pecar, ya finalmente deja el crimen, alguna vez cambia tus malos hábitos por mejores.

38. ¿Por qué permaneces en las inmundicias del pecado? ¿por qué persistes en la voluntad de pecar? no te equivoques por mucho tiempo, miserable, cambia ya de lo malo a lo mejor: pon fin al pecado, pon ley a la maldad, que la culpa tenga un límite, que la iniquidad tenga un término; considera la magnitud de tus delitos; al menos reconoce tus culpas siendo castigado.

39. ¡Ay de mí! ¡ay de mí infeliz! ¡ay de mí miserable! no sabía que por mi iniquidad soy golpeado, ignoraba que por mi mérito soy juzgado; que este juicio es por mi injusticia, tú me lo manifestaste, tú me lo indicaste, tú me lo hiciste saber, por ti lo conocí; lo que no sabía, ya lo sé con certeza, ya lo tengo por seguro; ya no me es oculto, me es manifiesto, me es suficientemente conocido, me es suficientemente ponderado, ya me es explorado, ya no me es oculto, ya no me es ambiguo, ya no me es escondido.

40. De ahí, hombre, de ahí toda esta calamidad, de ahí esta amargura, de ahí esta cruz, de ahí este castigo, de ahí esta aflicción; te son conocidas las causas, no por algún caso, no por cualquier evento, no por cualquier azar, esta enfermedad es culpa propia, esta dolencia es iniquidad propia. ¿Te parece otra cosa? ¿piensas de otra manera? ¿consideras de otra manera? ¿sientes de otra manera? ¿miras de otra manera? ¿juzgas de otra manera? ¿consideras de otra manera?

41. Nada en verdad, nada en absoluto, nada completamente, nada en absoluto, no tengo nada que contradecir: cedo a la verdad, no puedo negar, confieso que es verdad; ¿quién duda de esto? ¿quién lo pone en duda? ¿quién lo niega?

42. Si es así, si así lo consideras, si lo tienes por seguro, si está ponderado, si está explorado, aparta ya de ti el vicio, retírate del vicio y del pecado; huye ya de la mancha de la vida, huye del culto al vicio, aparta de ti el crimen; refrena el mal de la vanidad; huye de la torpeza de la vida, mantén la pureza de la vida; lava las manchas antiguas.

43. Bien dices, bien enseñas, bien instruyes, bien amonestas, bien persuades, bien instituyes; y yo deseaba ser liberado del lazo del pecado, deseaba ser retirado de la mala costumbre, deseaba apartarme del vicio y del pecado, buscaba superar el uso más vil. Pero ¡ay! es difícil vencer la mala costumbre, el mal uso apenas se abole, la costumbre continua se convierte en naturaleza, el vicio se transforma en naturaleza por el uso continuo, el alma atada a los crímenes apenas puede ser separada de ellos; son tantos los vicios en mí, que apenas pueden ser arrancados, apenas creo que mis pecados puedan desaparecer con el tiempo.

44. Voluntariamente me vicié antes, me contaminé con estudio espontáneo, me perdí antes por mi propio arbitrio, me manché por mi propia voluntad. Era bueno, por mi propia voluntad caí en el pecado; era libre, por mi propia voluntad me hice deudor de la muerte. Infeliz de mí, el pecado lo preparé primero para mí mismo, yo primero abracé la ocasión de pecar, ahora estoy atado por el uso del pecado, la mala costumbre me ha implicado gravemente, el uso de pecar me ha atado con cadenas de necesidad; quiero apartarme del delito, pero no puedo.

45. Por eso no puedo levantarme de la caída, y no puedo resistir al uso. Soy atraído por el amor al bien, soy retraído por la ley de la mala costumbre. La larga costumbre ha hecho para sí un derecho y una ley en mí, el largo uso de pecar me ha vencido. Mis pecados se han endurecido por la costumbre. Quiero hacer el bien, pero los deseos acostumbrados no lo permiten. Por la costumbre de pecar, cuando no sé, así delinco; por el uso del pecado, cuando no lo deseo, incurro; no puedo cumplir el bien por la costumbre carnal que se opone, me esfuerzo por contradecir el mal uso, pero el deseo de la carne me agobia; el amor a la justicia me eleva, pero la costumbre me constriñe al pecado.

46. Lucha contra la mala costumbre, resiste con toda tu fuerza contra la costumbre de pecar; vence el uso carnal incluso con dolor; vence la pernicioso costumbre, aunque con dificultad, aunque con dolor resiste al mal uso. Propón ante ti el fuego del castigo futuro contra los ardores de la carne presente, que el recuerdo del incendio eterno supere el ardor de la lujuria, que la memoria del ardor del infierno excluya el ardor de la lujuria.

47. Que el miedo al castigo más grave venza la pena de la fornicación, que el dolor más fuerte supere al menor. Pacientemente soportarás lo más leve, si recuerdas lo más grave. Que la imagen del juicio futuro esté ante tus ojos, prevé lo que sufrirás después. Piensa en la sentencia futura de Dios, teme los juicios futuros de Dios sobre ti, que te aterre el miedo al

infierno, que te aterre la sentencia del juicio futuro, que el terror de las penas te aleje de la culpa.

48. Contempla diariamente el fin de tu vida, ten la muerte ante tus ojos a cada hora, que siempre esté ante tus ojos la llegada de las tinieblas. Piensa diariamente en tu muerte, considera siempre el fin de tu vida, recuerda siempre el día incierto de la muerte; sé diligente, no sea que seas arrebatado de repente: cada día se acerca el último día, cada día la vida nos es arrebatada, cada día nos dirigimos al fin, cada día pasamos por el camino de la vida, cada día nos apresuramos hacia la muerte, cada día nos dirigimos al fin de la vida, con el paso de los momentos somos llevados al fin.

49. No sabemos qué nos sucederá hoy, no sabemos cuándo llegará el último tiempo de vida. Ignoramos si esta noche la condición de la muerte reclamará nuestra alma. Nuestro fin nos está oculto, la ignorancia del resultado futuro nos es incierta. El encuentro con la muerte es inesperado, el resultado y el fin de todo es incierto. Mientras no sabemos, de repente viene la muerte; mientras no lo pensamos, somos arrebatados inesperadamente; mientras ignoramos, de repente somos sustraídos. Temamos que ese día, como un ladrón, nos sorprenda (I Tes. V, 2), que el torbellino del juicio divino nos arrebate mientras ignoramos, que la destrucción repentina nos lleve, que la calamidad nos sorprenda de repente sin saberlo.

50. El espíritu que incita a pecar, a menudo arrebatada de repente al pecador; el que inflama a los vivos, devora de repente a los moribundos; el que inclina al vicio, de repente arrastra al tormento. ¿Cuántos han sido abatidos por la calamidad inesperada al castigo de la muerte? ¿cuántos han sido arrebatados por el fin inesperado? ¿cuántos, súbitamente sustraídos, desfallecen? ¿cuántos, mientras no piensan en morir, son llevados? ¿cuántos son arrebatados de repente a la muerte? ¿cuántos son llevados de repente a los castigos eternos? Mira, pues, en el tormento ajeno lo que debes temer. Observa en la salida ajena lo que debes temer, evita la fosa de la vida en la que ves caer a otro ante ti, teme los peligros ajenos en ti. Haz que las caídas ajenas sean tus peligros; que la llamada del moribundo sea tu enmienda; que la perdición de otros sea tu precaución.

51. Que la destrucción de los impíos te retraiga del pecado. Que el castigo de los que perecen te aparte de la culpa, que el fin de los delincuentes te corrija, que la destrucción de los réprobos te lleve al arrepentimiento. Que el castigo de los inicuos contribuya a tu salvación; lo que hiciste mal, enmiéndalo mientras puedas, mientras puedas retírate del vicio y del pecado, mientras haya tiempo clama, mientras se te dé espacio llora, mientras haya licencia apresúrate a arrepentirte, mientras puedas llora; mientras el alma aún esté en el cuerpo, mientras aún vivas, adquiere el remedio futuro para ti, antes de que el día de la muerte te preceda, antes de que el abismo te absorba, antes de que el infierno te arrebate, donde ya no hay lugar para la indulgencia, donde no se abre la libertad para el arrepentimiento, donde no se da licencia para la corrección, donde no hay recurso para la confesión, no hay regreso para el perdón.

52. Dices la verdad, hablas la verdad, me narras lo que es oportuno; me informas lo que más me conviene: nada es mejor, nada más grato, nada más aceptable, nada más placentero; nada me deleita más, nada me gratifica más. Eso solo busco, he aquí que sé, conozco, he aprendido eso. También busco aquello, quiero saber eso, deseo sobre todo saber si hay esperanza en la confesión, si hay confianza, si hay remisión, si hay perdón, si hay indulgencia, si hay lugar para regresar a la justicia por el arrepentimiento.

53. Sí, ciertamente, sí, sin duda, sí, sin duda alguna, sí, por supuesto. La confesión sana, la confesión justifica, la confesión del pecado otorga el perdón, toda esperanza reside en la confesión, en la confesión hay lugar para la misericordia. Cree, pues, con toda certeza, no dudes de ninguna manera, no dudes de ninguna manera, de ninguna manera desesperes de la misericordia de Dios. Ten esperanza en la confesión, ten confianza. No desesperes del remedio de la salud; no desesperes de la salvación, si te conviertes a lo mejor. Porque quien desespera del perdón del pecado, se condena más por la desesperación que por el crimen cometido.

54. La desesperación aumenta el pecado, la desesperación es peor que cualquier pecado. Corrígete, pues, y ten esperanza en la indulgencia. Deja la injusticia, y espera la vida; deja la iniquidad, y espera la salvación. No hay culpa tan grave que no tenga perdón; aunque seas pecador, aunque seas criminal, aunque seas malvado, aunque estés oprimido por crímenes infinitos e impíos, no se te niega el lugar para el arrepentimiento: la divina clemencia fácilmente socorre a los penitentes, por el arrepentimiento se otorga la indulgencia, por el arrepentimiento se borran todos los delitos.

55. ¡Ay de mí miserable! había perdido la esperanza, había perdido la confianza, había desconfiado en el ánimo, el ánimo había sido quebrantado, el ánimo casi había caído en la desesperación. Ya he regresado a la esperanza, ya he recuperado la confianza, ya tengo esperanza de indulgencia, espero en la piedad de Dios, no dudo de la bondad de Dios, habitaré en la esperanza, su piedad me ha levantado a la esperanza, me ha dado esperanza de vida en el arrepentimiento. Si Dios, pues, me mira, si viene en mi ayuda, si me ayuda a cumplir lo que deseo, he decidido hacer esto, he establecido esto, esto está fijado en mi ánimo, esto no puede ser arrancado de mi ánimo.

56. Que Dios te conceda lo que desees, que Dios favorezca tus votos, que Dios te haga partícipe de tus votos, que Dios perfeccione tu voluntad en el bien, que Dios confirme tus votos, que Dios apoye tus votos, que Dios te conceda lo que desees, que Dios te haga alcanzar tus votos, que hagas todo con el favor de Dios; por tanto, actúa mientras puedas, mientras la muerte se demora. Si, pues, está en tu corazón, si está en tu voluntad, si es tu deseo, si es tu ánimo, si es tu deseo, ora, pide, suplica, no calles, rompe en voz, clama fuertemente, llora tus iniquidades, lamenta los males de tus crímenes, lo que has hecho mal, dilúyelo con lágrimas; lo que has cometido ilícitamente, lávalo con lágrimas: los crímenes suelen diluirse con llanto, recuerda llorando los males que has hecho. Llorar el dolor de tu culpa, reconoce tu pena llorando, que los lamentos del arrepentimiento te laven, que la ola de tu tristeza te riegue, que el río de lágrimas te impulse a llorar.

57. ¡Ay de mí, alma infeliz! en tantos pecados, en tantos crímenes, en tantas iniquidades, ¿qué lloraré primero? ¿qué lamentaré primero? ¿qué lloraré primero? ¿qué lágrimas tomaré? no basta la memoria para referir los hechos de tantos crímenes. Mis pecados también me han quitado el sentido del dolor, con la torpeza del corazón se han coagulado las lágrimas, el ánimo se ha endurecido, no se conmueve con ninguna tristeza.

58. Mi alma se ha convertido en estupor, mi alma se ha vuelto insensata. Oh lágrimas, ¿dónde os habéis retirado? ¿dónde estáis, fuentes de lágrimas? ¿dónde está la ola de tristeza? ¿dónde están los lamentos? Regresad, os lo ruego, lágrimas, moved fuentes de lágrimas, rociadme con llanto, fluyan sobre mi rostro, humedeced mis mejillas, regad mis mejillas; dadme un llanto amargo, pues entre todos he caído más gravemente, entre todos he caído peor. Con mi crimen he superado las penas de todos los impíos, los tormentos del Tártaro apenas son suficientes para mis males.

59. No hay pecado sobre mi pecado, no hay iniquidad sobre mi iniquidad, me considero más malvado que todos los pecadores. En comparación conmigo, nadie es iniquo, justamente pago las penas de mi infelicidad, justamente soy destruido por tantos castigos, de mi pecado me han venido todos los males. Dios me aflige justamente, con justo juicio se me retribuye la debida retribución a mis hechos, sin embargo, se me retribuye menos de lo que he delinquido, se me retribuye una retribución menor de mis pecados, mi herida se encuentra más dura por mi culpa, el castigo de mi condenación es más leve que mi pecado; lo que he cometido es más grave, lo que soporto es más leve. La culpa que cometí es más grave, la venganza que soporto es menor. Considero el mal que hice, no es tanto lo que sufro.

60. Mi herida es más leve que el peso de mis pecados. Hay algo más, algo que me aflige más, que me entristece más, que me perturba más, que me aterroriza más, al que no hay mal similar, al que toda pena es incomparable, que se antepone a todos los tormentos, que supera todos los males.

61. ¡Ay alma! ¿qué es lo que temes mucho? ¿qué es lo que más te corroe? ¿qué es lo que más te impulsa a la tristeza? ¿qué temes más? ¿qué temes más? ¿qué temes más?

62. Temo el día del juicio, temo el día de las tinieblas, el día nebuloso, el día amargo, el día duro. Considero el mal que soporto, pero temo más lo que queda, lloro lo que ya sufro en esta vida, pero temo más sufrir cosas peores después de esta. Aunque ya soporto la sentencia en el castigo, temo más los tormentos del infierno por culpa. Ya la pena presente me desgarras, pero la futura me perturba más. Son graves las que soporto, más graves las que temo perpetuamente; me duele por las penas presentes, pero más gimo por las futuras.

63. Socórreme, Dios mío, antes de que muera, antes de que la muerte me preceda, antes de que el Tártaro me arrebate, antes de que la llama me quemé, antes de que las tinieblas me envuelvan. Ayúdame antes de que me apresure a los tormentos, antes de que sea devorado por los fuegos del infierno, antes de que sea torturado sin fin, pues soy aterrorizado por el temor de tu juicio, temo tu ira por el pecado, por la inmensidad del crimen temo tu juicio con conciencia temerosa.

64. Pues si el justo apenas se salvará, ¿dónde estaré yo, impío? ¿qué haré cuando venga el temor del juicio terrible? cuando venga el juicio, ¿qué responderé (Job XXXI, 14)? ¿qué diré cuando sea presentado ante el tribunal de Cristo? ¡Ay de aquel día, cuando pequé! ¡ay de aquel día, cuando transgredí! ¡ay de aquel día, cuando experimenté el mal! ¡Ojalá no hubiera amanecido para mí! ¡ojalá no hubiera nacido sobre mí! ¡ojalá no hubiera aparecido sobre mí! ¡Oh día detestable! ¡oh día abominable! ¡oh día que no debe ser mencionado! que me trajo a este mundo, que me abrió las puertas del parto, que me abrió las puertas de mi nacimiento. Que ese día se convierta de luz en tinieblas, que la profunda oscuridad lo confunda, que la ceguera eterna lo cubra, que pierda el estado del tiempo, que se extinga de toda memoria, que no sea recordado por ningún siglo.

65. Mejor me hubiera sido no haber nacido, mejor no haber sido engendrado, mejor no haber sido creado en este mundo, que sufrir tormentos eternos. Llórenme, cielo y tierra; llórenme, todas las criaturas; llórenme, todos los elementos; gimán sobre mí, todo el género, y con el sentido de vida que puedan, derramen lamento sobre mí; pues he pecado cruelmente, he caído fuertemente, he caído gravemente, he caído miserablemente, no se encuentra pecado del que no esté manchado con sus inmundicias. No hay enfermedad de vicios de la que no haya

contraído contagio, no ha existido sentina de inmundicias que no haya confluído en mí, miserable.

66. Deshonroso, criminal, cubierto de todos los escándalos, innumerablemente he frecuentado la impudicia de la fealdad. Prometí vivir bien, lo que prometí nunca lo cumplí. Siempre volví a mi pecado, siempre repetí mis delitos, siempre uní crímenes peores a los anteriores; nunca cambié mis costumbres para mejor, nunca me aparté de las malas acciones; también manché a muchos perdiéndome, convertí a muchos a la iniquidad con mis malas costumbres, por mi crimen muchas almas perecieron, muchos fueron subvertidos por los ejemplos de mi vida, fui causa de mal para muchos, por mí se manchó el propósito de muchos, por mí se laceró el nombre de la santidad.

67. Orad por mí al Señor, todos los hombres santos; suplicad por mí, todo el pueblo de los santos implorad por mí, todo el coro de los justos; si acaso Dios se apiade de mí, si acaso me reciba, si acaso borre mi pecado, si acaso quite mi iniquidad, si me conceda misericordia; pues está muy enojado conmigo, ha cumplido su furor sobre mí, ha derramado la ira de su indignación sobre mí por la multitud de mi iniquidad, porque han crecido mis aversiones, porque se han multiplicado mis transgresiones. ¡Ay de mí! porque he sido consumido; ¡ay de mí! porque mi alma ha desfallecido, afligida de tristeza, quebrantada de luto, debilitada de gemido.

68. ¿Quién se compadecerá de ti, alma? ¿Quién te consolará? ¿Quién lamentará por ti? Grande es, como el mar, tu contrición (Lamentaciones II, 13), tu aflicción es como un mar embravecido, tu dolor es como una ola hinchada; ¿qué tempestad no ha caído sobre ti? ¿Qué tormentas no te han alcanzado? Todos los ríos de molestias, todas las tempestades más turbulentas han tronado sobre tu cabeza, estás llena de angustia y miserias, llena de olas, llena de tempestades, alma.

69. ¿Dónde estás, guardián de los hombres? ¿Dónde estás, Redentor de las almas? ¿Dónde estás, pastor? ¿Por qué me has despreciado? ¿Por qué has apartado tu rostro de mí? ¿Por qué te has alejado de mí, consolador de mi alma? Vuelve ya, Dios mío, no me olvides para siempre, no me abandones para siempre, no me dejes para perderme en el poder de los demonios. Aunque la ofensa sea grave, tú eres clemente, tú piadoso, tú de mucha misericordia, no dejas a nadie, no desprecias a nadie, no detestas a nadie, no rechazas a nadie de la misericordia, sino que ofreces clementemente. Esperas a los pecadores para que regresen.

70. ¿Cuántos malvados, cuántos entregados a las lujurias, cuántos saciados de las concupiscencias del mundo han llegado a tu indulgencia por tu bondad? A muchos que no lo merecían les has perdonado los pecados gratuitamente, muestra también en mí tu clemencia, que se me conceda también a mí el perdón, que se me conceda la indulgencia, no niegues a uno lo que has otorgado a muchos. No defiendo mis crímenes, no excuso mis pecados, me desagrada lo que hice, me desagrada haber pecado. Confieso la ofensa, reconozco el error, reconozco la culpa, abro la voz de la confesión. Recibe, te ruego, el clamor del que confiesa; atiende, Señor, la voz del que suplica. Escucha la voz del pecador que clama.

71. He pecado, Dios, ten misericordia de mí; he pecado, Dios, sé propicio a mí. Perdona mis males, perdona mis pecados, perdona mis crímenes, que tu gracia borre mis culpas. Sana mi alma, porque he pecado contra ti (Salmo XL, 5). Si recuerdas las iniquidades, ¿quién podrá sostenerse? (Salmo CXXIX, 3). Ante tu juicio ni la justicia del justo está segura. ¿Quién es el

justo que se atreva a decir que está sin pecado? ¿Quién presume ante ti algo de justicia? Ningún hombre está sin pecado, ninguno está limpio de delito, he aquí que entre los santos nadie es inmaculado. He aquí, los que sirvieron a Dios no fueron estables, y en los ángeles se halló maldad (Job IV, 18). Las estrellas son impuras ante ti, los cielos no son puros a tu vista (Job XV, 15); cuánto más yo, abominable, y podredumbre, y hijo del hombre, gusano, que he bebido el pecado como un abismo, y he bebido la iniquidad como agua, que habito en el polvo (Job VII, 21), que habito en una casa de barro, que tengo un fundamento terrenal.

72. Recuerda, Señor, cuál es mi sustancia (Salmo LXXXVIII, 48), recuerda que soy tierra, recuerda que soy polvo y ceniza (Génesis XVIII, 27), extiende tu mano a la obra de tus manos (Job XIV, 15). Atiende a la materia débil, socorre la fragilidad carnal, la condición débil. Que se abra el regreso a la salvación, que se abran ante ti mis heridas. Ante ti está mi enfermedad, tú ves cuán herido estoy, y débil, otorga la medicina para sanar, proporciona el remedio para curar; restaura al infectado de vicios, reforma al corrompido por pecados. Extingue en mí la llama de la concupiscencia. Que las flechas encendidas del diablo no me penetren más, que no ardan más en mí.

73. Tú conoces las tentaciones que llevo. Tú conoces las olas que sufro. Tú sabes las tempestades que tolero, dónde he caído, dónde he resbalado, dónde infeliz me he hundido, tú lo sabes. He caído negligente en la ruina. He caído incauto en el pozo de la deshonra, he descendido al lodo de los crímenes, he bajado al abismo de los males, miserable; rescata mi alma cautiva del infierno, rescátame del abismo más inmenso. Que el abismo no me cierre, que no me niegue la salida.

74. He aquí que el día temido ya se acerca, ya se aproxima el último día, ya está cerca el límite de la vida, no me queda nada más que la tumba, no me queda nada más que el sepulcro (Job XVII, 1); perdóname, antes de que me vaya; límpiame de mi iniquidad, antes de que salga de esta vida. Rompe, antes de que muera, las cadenas de mis pecados.

75. Conmoverido por tus lágrimas, me he compungido por tus llantos; tu lamentación me ha deshecho, tu lamentación me exige lágrimas; lamentando me has obligado a llorar, lamentando me has movido al llanto; por tu lamento he derramado lágrimas, por tu llanto me he deshecho en lágrimas. Que Dios te conceda el perdón, que Dios te perdone tus culpas. Que Dios suspenda de ti tus pecados, que aliviando los perdone, que lave las manchas de tus crímenes, que te limpie de toda mancha de mal, que te libere del pecado inminente.

76. Actúa, pues, ya como conviene, actúa como es debido, actúa como es digno, actúa como es recto, actúa como es justo. Propón no pecar más, decide no delinquir más. Evita repetir tus culpas, evita repetir los males, no vuelvas al vicio del que te has apartado, no repitas lo que has delinquido, no repitas los males pasados. Después de la caída no vuelvas a delinquir, no te contamines después del lamento, después del duelo de la penitencia no regreses al pecado, no cometas de nuevo los delitos deplorados.

77. No vuelvas a hacer lo que de nuevo lamentarás, no presumas repetir la culpa por la que pides perdón: es vana la penitencia que la culpa siguiente mancha, la herida repetida se sana más lentamente, quien frecuentemente peca y llora apenas merece el perdón. De nada sirven los lamentos, si se repiten los pecados. De nada vale pedir perdón por los males, y repetir los males de nuevo. Persevera, pues, en la confesión, mantente firmemente en la penitencia.

78. No dejes de mantener la buena vida que has comenzado. Conserva siempre el propósito de una buena vida. Serás bienaventurado si permaneces; bienaventurado si perseveras;

entonces tu obra será perfecta, si permaneces hasta el fin. La salvación se promete a los perseverantes, el premio se da a los perseverantes: Bienaventurados los que guardan el juicio, y hacen justicia en todo tiempo (Salmo CV, 3). No es bienaventurado quien hace el bien, sino quien lo hace incesantemente. Porque el que persevera hasta el fin, éste será salvo (Mateo X, 22).

LIBRO SEGUNDO.

1. Te ruego, alma, te suplico, te imploro, te imploro, que no actúes más con ligereza, que no hagas nada sin reflexión, que no hagas nada temerariamente, que no se repita el mal, que no renazca el pecado, que no vuelva la iniquidad, que no resurja la malicia, que no recupere la injusticia sus fuerzas.

2. Conócete, hombre, a ti mismo; conoce quién eres, conoce por qué has nacido, para qué has sido engendrado, por qué has sido hecho, en qué condición has sido creado, o por qué has sido procreado en este mundo; recuerda tu condición, guarda el orden de tu naturaleza. Sé lo que has sido hecho, como Dios te hizo, como el creador te formó, como el creador te instituyó.

3. Guarda la fe recta, mantén la fe sincera, conserva la fe inmaculada, que permanezca en ti la fe recta. Que en ti esté la fe incorrupta de la confesión, que ninguna doctrina insensata te engañe, que ninguna religión perversa te corrompa, que ninguna maldad te aparte de la solidez de la fe. No hables temerariamente de Cristo, no sientas nada perverso de Dios, no sientas nada impío, no ofendas en su amor con pensamientos perversos. Sé justo en la fe, ten fe recta, una conversación santa, que no niegues con obras lo que invocas con fe, abstente de todo lo que la ley prohíbe, evita todo lo que la Escritura prohíbe.

4. No peques en la obra, tú que eres perfecto en la fe. No manches la fe viviendo deshonestamente, no corrompas la integridad de la fe con malas costumbres, no hagas nada contra el mandamiento de Dios; vive en el bien, sin añadir mal, que ninguna mala conversación manche las buenas costumbres, que las obras rectas no sean manchadas por hechos siniestros; no mezcles el vicio con las virtudes, no añadas el mal a los bienes, el mal mezclado con los bienes contamina muchos bienes. Un mal destruye muchos bienes. Quien peca en uno, sabe que está sujeto a todos los vicios (Santiago II, 10).

5. Porque por un pecado se pierden muchas justicias. Por un mal se pueden subvertir muchos bienes. No inclines el ánimo a lo que deleita el cuerpo, no des consentimiento a la delectación carnal. No entregues tu alma al poder de la carne, refrena la mente de su apetito. Examina tu corazón cada día, examina tu corazón cada día, con un examen privado descubre los escondrijos de tus secretos. Guarda tu alma de pensamientos nocivos, que la mente no sea sorprendida por pensamientos deshonestos; discierne tus pensamientos, qué evitar, qué hacer; limpia tu conciencia del pecado.

6. Que tu ánimo esté purgado de toda contaminación. Que tu mente esté pura, que no residan allí inmundicias. Así elimina el vicio de ti, que no quede nada en tu ánimo. Sabe que serás juzgado por tus pensamientos. Dios juzga las conciencias. Dios no solo examina la carne, sino también la mente. Dios, juez, juzga el alma por los pensamientos. Cuando te tiente un pensamiento perverso, no consientas en él. Cuando te sugiere algo ilícito, no mantengas allí tu ánimo; desprecia la primera sugerencia del pecado, no permitas que permanezca en tu corazón. En cualquier momento que venga, expúlsala; cuando aparezca el escorpión, aplástalo. Pisa la cabeza de la serpiente, pisa el inicio de la sugerencia perversa.

7. Corrige la culpa donde nace; resiste al pensamiento en su inicio, y evitarás lo demás. Lucha contra el inicio del pensamiento, y vencerás; excluye la cabeza del pensamiento, y lo demás será superado. Si expulsas el pensamiento del corazón, no se manifestará en la obra. Si no consientes en el pensamiento, resistirás rápidamente a la obra; quien no es arrastrado por la delectación, no se somete al consentimiento. No puede corromperse el cuerpo, si antes no ha sido corrompido el ánimo. Mientras el alma cae, la carne está lista para pecar. El alma precede a la carne en el crimen, y la carne no puede hacer nada, sino lo que el ánimo quiere; limpia, pues, el ánimo del pensamiento, y la carne no pecará; si quieres, no podrá vencerte en absoluto.

8. Escucha, alma, lo que digo, escucha lo que digo, atiende lo que aconsejo; no te contamines ya con ninguna inmundicia, no te manches con ninguna lujuria, abstente de toda corrupción de la carne, aléjate de toda corrupción de la carne. Que la lujuria no prevalezca más en ti. Que la lujuria no te domine más. Guarda tu cuerpo de la fornicación. Que no te contamines nunca con ningún pensamiento carnal; considera que la fornicación es peor que cualquier pecado, la fornicación es mayor que todos los pecados.

9. La fornicación es un pecado grave. La fornicación precede a todos los males. La fornicación es más grave que la muerte; es mejor morir que fornicar, es mejor morir que mancharse con lujuria, es mejor derramar el alma que perderla por incontinencia. La continencia hace al hombre cercano a Dios, la continencia hace al hombre cercano a Dios, donde permanece la continencia, allí también permanece Dios.

10. La castidad une al hombre al cielo, la castidad lleva al hombre al cielo. A la castidad se le promete el reino de los cielos. La castidad hace que se obtenga la herencia del cielo. Pero la lujuria hunde al hombre en el infierno, la lujuria lleva al hombre al tártaro, la lujuria lleva al hombre a las penas del tártaro.

11. Pero si aún sientes las molestias de la carne, si aún eres tocado por los estímulos de la carne, si aún eres golpeado por la sugerencia de la lujuria, si aún la memoria de la fornicación te tienta, si aún la carne te ataca, si aún la lujuria te tienta, si aún la lujuria te invita, pon ante ti la memoria de la muerte, pon ante ti el día de tu salida, pon ante tus ojos el fin de tu vida; pon ante ti el juicio futuro, pon ante ti los tormentos futuros, pon ante ti los castigos futuros, pon ante ti los fuegos perpetuos del infierno, pon ante ti las horribles penas de la gehena.

12. Ora con lágrimas sin cesar, ora continuamente, suplica a Dios día y noche, que la oración sea sin cesar, que la oración sea frecuente, que las armas de la oración sean constantes, que la oración no falte, insiste frecuentemente en la oración, dedícate asiduamente a la oración, gime siempre, y llora, levántate en la noche para orar, vigila y ora, pasa la noche en oración y súplica, dedícate a las vigiliass nocturnas. Con los ojos cerrados por un momento, ora de nuevo, la oración frecuente aleja las flechas del diablo.

13. La oración continua supera las armas del diablo. Esta es la primera virtud contra los ataques de las tentaciones. Esta es la primera arma contra las tentaciones de los enemigos. La frecuencia de las oraciones expulsa a los espíritus inmundos, la insistencia de la oración vence a los espíritus inmundos. Los demonios son vencidos por la oración, los demonios son superados por la oración, la oración prevalece sobre todos los males.

14. También private de la saciedad del pan, castiga tu cuerpo con la moderación, sirve al ayuno y la abstinencia, lleva un rostro pálido, lleva un cuerpo seco. Pasa hambre y sed,

abstente y seca; no puedes vencer las tentaciones, a menos que te disciplines con ayunos. Porque con los alimentos crece la lujuria, la saciedad de los alimentos suscita la lujuria de la carne, la tentación de la carne crece con el vicio de la glotonería, la lujuria siempre está unida a la saciedad, y contra el ayuno la lujuria se restringe, con el ayuno se supera la lujuria, sin la saciedad, la lujuria no domina.

15. La abstinencia vence a la carne, la abstinencia frena la lujuria, la abstinencia rompe el ímpetu de la lujuria, la abstinencia disuelve la fuerza de la lujuria; el hambre y la sed matan la lujuria de la carne, el hambre y la sed superan la lascivia de la carne. También la mente se agrava con mucho vino. El vino es veneno en el ánimo. El vino excita la lujuria. El vino alimenta el fomento de la lujuria. Con las venas llenas de vino, la lujuria brota en los miembros; las copas son instrumentos de la lujuria. Porque al añadir combustible al fuego, el incendio crece más; al añadir material al fuego, la llama se incrementa más.

16. Los ojos también son las primeras armas de la lujuria; la visión es la primera concupiscencia de la mujer, porque la mente es capturada por los ojos. La vista lanza las flechas del amor, la vista nutre la lujuria de la concupiscencia; seduce la mente, tienta el alma, hiere el corazón. Por tanto, aparta la vista, reprime los ojos de la petulancia, y no los fijas en la apariencia de la carne. No mires a nadie para desearla; no mires a nadie con la intención de desearla; quita la ocasión de pecar, elimina la materia de delinquir.

17. Si quieres estar seguro de la fornicación, sé discreto en el cuerpo y en la visión, porque al estar separado del cuerpo te alejas de la intención del pecado. Cerca de la serpiente no estarás mucho tiempo ileso; estando ante el fuego, aunque seas de hierro, alguna vez te derretirás; cerca del peligro no estarás mucho tiempo seguro, por la asiduidad el hombre peca rápidamente.

18. A menudo la familiaridad ha implicado a muchos. A menudo la ocasión de pecar crea la voluntad. A menudo, a quienes la voluntad no pudo, la asiduidad los venció. La lujuria rápidamente atrapa a quien está entregado al ocio. La lujuria rápidamente ocupa al que está ocioso. La lujuria quema más gravemente a quien encuentra ocioso. Pero la lujuria cede a las cosas, cede al trabajo, cede a la industria, y al esfuerzo, porque el trabajo a menudo vence la lujuria de la carne, porque el cuerpo fatigado por el trabajo se deleita menos en el vicio.

19. Por tanto, evita el ocio, no ames el ocio, no llesves una vida en el ocio, fatiga el cuerpo con trabajos, ejercita el estudio de cualquier obra, busca para ti una obra útil, en la que se fije la intención del ánimo, con la obra dedícate a la lectura, dedícate a la ley de Dios, dedícate a la meditación de las Escrituras; ten frecuencia en los libros divinos, que la lectura sea frecuente para ti, que la lectura sea frecuente para ti, que la meditación de la ley sea diaria. La lectura quita el error de la vida, la lectura sustrae de la vanidad del mundo, con la lectura se aumenta el sentido y la inteligencia; la lectura enseña qué evitar, la lectura muestra hacia dónde dirigirse. Progresas mucho cuando lees, si haces lo que lees. Y si los demás bienes agradan, si también los otros son gratos, si están en la voluntad, si están en el deseo, si en todos los bienes el ánimo está atento, si en todos los bienes el ánimo está preparado.

20. Sé humilde, sé fundado en la humildad, sé el último de todos, y el más bajo, hazte el más pequeño con humildad, no te pongas por encima de nadie, no te consideres superior a nadie, estima que todos son superiores a ti, considérate el más pequeño de todos, considérate inferior a todos. Aunque seas el más alto, mantén la humildad; si mantienes la humildad, tendrás gloria; porque cuanto más humilde seas, tanto más te seguirá la altura de la gloria.

21. Evita la jactancia, evita el deseo de ostentación. Evita el afán de gloria vana, no te arroges, no te jactes, no te exaltes insolentemente. No extiendas las alas de la soberbia, no levantes las plumas de la altivez, no presumas de ti mismo, no te atribuyas nada bueno, no te enorgullezcas con la virtud de la justicia, no te exaltes por las buenas obras, no te gloríes por la buena obra; desciende, para que asciendas; humíllate, para que seas exaltado, no sea que exaltado seas humillado; porque quien se eleva es humillado, quien se exalta es derribado, quien se eleva es postrado, quien se infla es abatido; de lo alto la caída es más grave, de lo alto la ruina es mayor, porque el principio del pecado es la soberbia.

22. La soberbia derribó al ángel, el orgullo disolvió los reinos, la altivez derribó a los altos, la arrogancia humilló a los sublimes, pero la humildad no conoce la caída, la humildad no conoce el tropiezo, la humildad nunca incurre en la ruina, la humildad nunca ha sufrido caída. Conoce, hombre, que Dios vino humilde, y que se humilló en forma de siervo, hecho obediente hasta la muerte (Filipenses II, 8); camina como él caminó, sigue su ejemplo, imita sus huellas, sé vil, sé despreciado, sé desechado, desagradate a ti mismo, sé despreciado ante ti mismo.

23. Porque quien es vil ante sí mismo, es grande ante Dios; quien se desagrade a sí mismo, agrada a Dios; sé, pues, pequeño en tus ojos, para que seas grande en los ojos de Dios. Porque cuanto más despreciable seas ante tus ojos, tanto más precioso serás ante Dios. Lleva también la vergüenza en el rostro por el recuerdo del delito, lleva el pudor en la cara por la memoria del pecado cometido. Avergüénzate de levantar los ojos por el pudor del pecado. Camina con el rostro abatido, con la boca triste, con el rostro abatido, con el corazón contrito, con vestidura de luto, envuelto en saco, cubierto de cilicio el cuerpo: que los miembros flacos y marchitos sean envueltos por el cilicio y la ceniza, que el saco cubra los miembros descoloridos y marchitos, que el hábito de luto cubra el cuerpo consumido.

24. Que la tierra sea para ti un lecho constante, el suelo tu lecho: eres polvo, siéntate en el polvo; eres ceniza, siéntate en la ceniza siempre llorando, siempre lamentando, siempre gimiendo, siempre emitiendo suspiros del corazón; que haya compunción en el corazón, que haya gemidos frecuentes en el pecho; que frecuentemente se derramen lágrimas de tus ojos, prepárate para las lágrimas; ama las lágrimas, que las lágrimas sean dulces para ti, que siempre te deleite el llanto y el luto. Haz para ti siempre llanto y compunción: nunca abandones el llanto y las lágrimas. Sé tan pronto para el lamento como fuiste propenso a la culpa; tal como fue tu intención de pecar, así sea tu devoción para arrepentirte; regresa de la misma manera en que te alejaste en lo profundo: según la enfermedad debe administrarse la medicina, junto a la herida deben aplicarse los remedios médicos. Los pecados graves requieren grandes lamentos.

25. Que nada te haga sentir seguro del pecado, que ningún engaño de seguridad te adule, que ninguna seguridad engañosa te suspenda de la intención de penitencia. Que en tu corazón siempre habiten la esperanza y el temor. Que en ti estén igualmente el miedo y la confianza, igualmente la esperanza y el temor; espera la misericordia, pero teme la justicia; que la esperanza de indulgencia te eleve, pero que el miedo al infierno siempre te aflija.

26. El temor siempre corrige, el temor expulsa el pecado, el temor reprime el vicio, el temor hace al hombre cauteloso y solícito; donde no hay temor, hay disolución de la vida; donde no hay temor, hay perdición de la muerte; donde no hay temor, hay abundancia de crímenes. No te entristezcas en tus debilidades, en tus enfermedades da gracias a Dios. Desea más estar sano de ánimo que de cuerpo, más sano de mente que de carne, las adversidades del cuerpo

son remedios para el alma. La enfermedad hiere la carne, cura la mente; la debilidad quema los vicios, la debilidad rompe las fuerzas de la lujuria.

27. Si la prosperidad te sonríe, no te ensalces; si la adversidad ocurre, no te derrumbes; si la felicidad brilla, no seas jactancioso; si la calamidad sucede, no seas pusilánime. Ten templanza en la prosperidad, ten paciencia en la adversidad. Reconócete probado en el dolor, para que no te rompas. Reconócete probado en la prosperidad, para que no te exaltes: sé igual en todo. No cambies tu mente ni por la alegría ni por el dolor; soporta todo con igual justicia, no te alteres por ninguna insolencia.

28. Que ningún caso te encuentre desprevenido, que no haya caso que tu meditación no anticipe. Propón para ti que no hay nada que no pueda suceder, medita contra todo lo fortuito, siempre reflexiona sobre las miserias futuras. En los buenos tiempos, medita cómo soportarás las adversidades; para que no ocurra nada adverso, siempre piensa en ello. Es de sabios prever la pérdida del peligro. Todo lo meditado ocurre más ligero, los males esperados se soportan con tolerancia. El consejo cede ante el caso adverso; lo que se espera no sorprende cuando ocurre. La meditación rompe los impulsos venideros. La precognición atenúa las molestias futuras, la previsión de los males suaviza su llegada, pero el mal inesperado golpea con fuerza.

29. Son amargos los males que no se han pensado; son graves aquellos en los que caemos de improviso. Los males imprevistos golpean gravemente, el mal repentino rompe rápidamente lo que no se ha previsto y aflige intensamente. La tempestad repentina del mar suscita terror. El enemigo imprevisto perturba malamente, el enemigo inesperado oprime fácilmente. Todo lo repentino es más grave. Lo que ocurre de repente, se presenta más grave. Prepara, pues, tu corazón tanto para lo bueno como para lo malo, lleva tanto lo bueno como lo malo según te sucedan, soporta tanto lo adverso como lo próspero comoquiera que se presenten; lo que sea que ocurra, soporta con mente libre.

30. Si la ira te precede, restringela; si te sorprende, mitígalas. Modera el furor, modera la indignación, refrena el movimiento del ánimo, refrena el ímpetu de la ira. Si no puedes evitar la ira, al menos modérala; si no puedes evitar el furor, al menos refrena: sé más dispuesto a recibir molestia que a infligirla. Aprende a tolerar más los males que a hacerlos, aprende a soportar los males más que a devolverlos. Cuida de no ser vengador de tus injurias.

31. Sé paciente, sé manso, sé suave, sé modesto. Conserva la paciencia, conserva la modestia, conserva la mansedumbre. Esfuérzate por la paciencia y la mansedumbre, desprecia los insultos de la contumelia infligida. Supera la burla despreciándola, pisa los errores de los detractores disimulándolos, supera las contumelias de los detractores con paciencia. Rompe las flechas de la contumelia con el escudo de la paciencia. Prepara contra la palabra áspera el escudo de la tolerancia, ofrece el escudo de la paciencia contra la espada de la lengua.

32. Aunque alguien te irrite, aunque te incite, aunque te exaspere, aunque te insulte, aunque te provoque, aunque te injurie, aunque te acuse, aunque te provoque a pleito, aunque te provoque a disputa, aunque te diga injuria, aunque te haga daño, aunque te afecte con contumelias, tú calla, tú guarda silencio, tú disimula, tú desprecia, tú no hables, tú ejerce el silencio. No respondas a la injuria, no devuelvas la injuria, no repitas la contumelia. Mantén la paciencia del silencio, venciendo más rápidamente callando.

33. Aprende de Cristo la modestia, aprende la tolerancia, atiende a Cristo, y no te duelas de las injurias. Pues habiendo sufrido por nosotros, nos dejó ejemplo (I Pet. II, 21); golpeado

con palmas, azotado con látigos, burlado con escupitajos, clavado con clavos, coronado con espinas, condenado a la cruz, siempre guardó silencio. Es una gran virtud no herir a quien te ha herido; es una gran fortaleza, si incluso herido perdonas; es una gran gloria, si a quien pudiste dañar perdonas. Pues cuando eres injuriado, te sucede por tus pecados; cuando eres herido, tus males lo causan. Considera que todo lo adverso que te sucede ocurre por tu pecado; por la consideración de la justicia, modera el dolor.

34. Lo llevarás más ligero si te concentras en por quién se inflige; cuando se te denigra, tú ora; cuando se te maldice, tú bendice al que maldice, opón bendición, suaviza la ira del que se enfurece con paciencia, disuelve la ira del que se enfurece con amabilidad. Vence la maldad con suavidad, vence la malicia con bondad, apacigua a los enemigos de la paz con toda modestia, supera los males de otros con tu bien, lleva con mente tranquila las contumelias infligidas; abre con corazón tranquilo el dolor; la herida de la injuria, aunque sea grave, abierta se evapora, pero la herida encerrada consume mucho el ánimo, pues cuanto más la ocultas, tanto más la aumentas; ábrela, pues, con ánimo agobiado, y no te tortures.

35. Si has entristecido a tu hermano en algo, satisfácelo. Si has pecado contra él, haz penitencia ante él, si has ofendido a alguien, reconcíliate con él con súplica. Ve rápidamente a la reconciliación de tu ofensa, pide perdón rápidamente; no duermas sin volver a la paz; no descanses sin haberte reconciliado con tu hermano. Revócalo con el afecto más rápido de amor. Revócalo con humildad a la gracia; humíllate ante él con afecto, suplica perdón con ánimo suplicante. También concede perdón libremente a quien te lo pide; concede indulgencia con agrado a quien pide indulgencia, abraza inmediatamente al que regresa. Recibe de inmediato con caridad benigna al que regresa.

36. Perdona, para que se te perdone. Perdona, para que se te perdone, no devuelvas al que peca contra ti según la culpa, sabiendo que también vendrá juicio sobre ti. No tendrás indulgencia, a menos que la des; y si él no suplica, si no pide que se le perdone, si no se somete a la humildad de suplicar, si no reconoce su pecado con mala conciencia, tú relaja desde el corazón, tú perdona desde el alma, tú concede indulgencia gratuitamente, tú concede perdón por tu propia voluntad. No guardes el dolor en el corazón, no retengas el dolor en el alma, quita del corazón la ofensa fraterna, no guardes el dolor de la maldad ajena. Pues el odio separa al hombre del reino de Dios, lo aparta del cielo, lo expulsa del paraíso, el odio no se quita ni con la pasión, ni se expía con el martirio, ni se borra con la sangre derramada.

37. ¿Qué diré del fuego del cielo? La envidia quema todos los brotes de virtud, la envidia devora todo bien con ardor pestilente. Esta primero se daña a sí misma, primero se muerde a sí misma, primero roe a su propio autor. La envidia es la polilla del alma, consume el sentido, quema el pecho, afecta la mente, devora el corazón del hombre como una plaga. Que la bondad se opongá al celo, que la caridad se prepare contra la envidia; no te duelas por el bien ajeno, no te consumas por los progresos ajenos, no te laceres por la prosperidad de nadie, no te atormentes por la felicidad de nadie, no te dejes llevar por las llamas de la envidia de nadie.

38. Ama la paz, ama la paz, mantén la paz con todos, abraza a todos con mansedumbre y caridad; demuestra que amas más de lo que eres amado; no seas infiel en la paz, no seas inconstante en la amistad. Mantén siempre el vínculo de la constancia, invita a los que odian a la paz, llama a los discordantes a la concordia, concilia los corazones de los disidentes con paz, ten la placabilidad del ánimo, ten la benignidad del ánimo, sé pronto en el afecto, afable en el discurso, habla a todos con ánimo agradecido; que no haya palabra de disputas que divida la concordia.

39. Huye de las riñas, evita las disputas, cuida de las contenciones, elimina la ocasión de la disputa. Desprecia la disputa, vive siempre en paz, no contiendas en ninguna causa, no te esfuerces en disputar en ninguna acción. La contención exige contradicción, la contención engendra disputas, la contención engendra riñas, la contención enciende las antorchas del odio. La contención extingue la paz del corazón, la contención rompe la concordia. Si tu enemigo cae, no te regocijes, no te ensalces en la caída del adversario; no te alegres por la muerte del enemigo, para que no te suceda lo mismo, para que Dios no convierta su ira de él a ti.

40. Pues quien se alegra de la caída del enemigo, pronto caerá en ella: que haya más afecto humano hacia el humillado, que haya más compasión hacia el abatido, que te deleite dolerte por el que está afligido; compadécete en las calamidades ajenas, sacia tus lágrimas en los dolores ajenos; no seas duro, no seas de hierro, no tengas entrañas duras. Lloro la miseria ajena como si fuera tuya; en la tribulación del otro, también tú estés triste. Lloro con los que lloran, llora con los que lloran, únete con afecto de mente a los que lloran.

41. En todos tus actos, en toda tu obra, en toda tu conversación, imita a los buenos, emula a los santos, ten ante tus ojos los ejemplos de los santos, considera imitando los ejemplos de los justos, propón para ti los ejemplos de los santos, que los ejemplos de disciplina de los padres sean para ti incentivos. Atiende a las virtudes de los santos para obrar bien, atiende a los documentos de los justos para vivir bien; que la infamia de tu vida no escandalice a nadie, que la opinión adversa no entristezca a nadie; aprende a fraguar con buen testimonio, ten buen testimonio, guarda tu buena fama, que no se oscurezca con malos olores, que no se lacere con opiniones. Pues la laceración de la opinión hace perder el bien.

42. Pero evita la gloria popular, evita la admiración del vulgo, deja de jactarte en los ojos de los aduladores, no te dejes llevar por el viento del favor. Desprecia los favores, desprecia la alabanza del favor popular; esfuérzate más en ser bueno que en parecerlo; no busques si alguien te exalta, o si alguien te desprecia; ni el favor te seduzca, ni la vituperación te rompa; quien no busca la alabanza, tampoco siente la contumelia; si desprecias la alabanza, fácilmente rechazarás también la vituperación. No te consideres bueno porque te alaben; interroga tu conciencia en la lengua ajena; júzgate por tu propio juicio, no por el ajeno; ni por el discurso ajeno, sino por tu mente; nadie podrá saber mejor quién eres, como tú, que eres consciente de ti mismo; pues ¿de qué sirve, si eres malo, que te alaben como bueno? ¿o qué bien te aporta la alabanza si eres una cosa y finges ser otra?

43. Por lo tanto, evita la simulación, evita la ficción, no simules santidad con vestimenta oscura; sé tal como quieres ser considerado, demuestra tu profesión tanto en el hábito como en el andar, que haya simplicidad en tu entrada, pureza en el movimiento, gravedad en el gesto, honestidad en el andar, que no aparezca nada de deshonor, nada de lascivia, nada de petulancia, nada de insolencia, nada de ligereza en tu andar; pues el ánimo se muestra en el hábito del cuerpo, el gesto del cuerpo es signo de la mente, el ánimo se revela en el gesto del cuerpo, el hábito del ánimo se muestra en el gesto del cuerpo, por lo tanto, que tu andar no tenga la imagen de la ligereza, que tu andar no ofenda los ojos de otros; no ofrezcas de ti mismo un espectáculo a otros, no des a otros lugar para criticarte, no te unas a personas ligeras, no te mezcles con vanos: evita a los malos, cuida de los inicuos, huye de los impíos, expulsa a los perezosos de ti; huye de las multitudes de hombres, especialmente de aquellos de edad que son propensos a los vicios.

44. Únete a los buenos, busca la compañía de los buenos, busca la sociedad de los buenos. Adhiérete indivisiblemente a los santos. Si eres compañero de conversación, también lo serás

de virtud; quien camina con sabios, será sabio, quien camina con necios, será necio, pues los semejantes suelen unirse a los semejantes. Es peligroso vivir con los malos, es pernicioso asociarse con aquellos que tienen mala voluntad. Alimentas la infamia para ti si te asocias con los indignos. Es mejor tener el odio de los malos que su compañía; así como la vida común de los santos tiene muchos bienes, así la sociedad de los malos trae muchos males; pues quien toca lo inmundo, se contaminará por ello; también cierra tus oídos para no escuchar el mal.

45. Rechaza los discursos impúdicos, huye de las palabras deshonestas, que ninguna impudicia de palabras se infiltre en tus oídos, el discurso vano contamina rápidamente la mente, y fácilmente se hace lo que se escucha con agrado. Que nada salga de tu boca que pueda impedir, que ningún sonido de voz que no convenga salga; que salga de tus labios lo que no contamine los oídos del oyente. Debe evitarse la obscenidad de las palabras, debe huirse de la torpeza del discurso, el discurso vano es un indicio de una conciencia vana, la lengua revela las costumbres del hombre; y tal como se muestra el discurso, así se comprueba el ánimo; pues de la abundancia del corazón habla la boca (Mat. XII, 34).

46. Refrena la lengua del discurso ocioso, reprime la lengua del verbo ocioso. Cuida de las fábulas más ineptas, no hables fábulas de ancianas. No hables palabras torpes e inútiles, guarda silencio sobre la palabra que no edifica a los oyentes, el discurso ocioso no estará sin juicio. Cada uno dará cuenta de sus palabras (Mat. XII, 36); ante cada uno estarán sus palabras. Quien no reprime las palabras ociosas, pronto pasa a las nocivas; quien desprecia lo mínimo, fácilmente cae en lo máximo; pues la culpa menor genera la mayor; los vicios crecen poco a poco, y mientras no evitamos lo pequeño, caemos en lo grande; evita lo mínimo, y no llegarás a lo mayor; desprecia lo pequeño, y no caerás en lo peor.

47. Que lo que hables sea digno de gravedad y doctrina; que tu discurso sea irreprochable, que sea útil a la expectativa de los oyentes: esfuérzate por decir no lo que te plazca, sino lo que conviene. Disciérne qué hablar, qué callar, y sé hábil tanto en hablar como en callar. Delibera mucho antes qué decir, para que no puedas revocar. Huye de los errores de la lengua, que tu lengua no te pierda.

48. Elimina la ocasión del que acecha, que tu boca no esté abierta a los dardos del enemigo, no hables lo que el adversario pueda aprovechar. Siempre ten el silencio como amigo, pon guardia a tu boca, ofrece un sello a tus labios, opón a tu lengua las barreras del silencio, rodea tu lengua con la fortaleza de la custodia. Atiende a la oportunidad de hablar, busca el tiempo para pronunciar palabras, sabe en qué momento hablar, considera cuándo decir, habla en el tiempo adecuado, calla en el tiempo adecuado.

49. Calla hasta que te pregunten; no hables, a menos que te pregunten; no digas antes de escuchar, que la pregunta abra tu boca, que tus palabras sean pocas. Elimina la verbosidad del discurso superfluo, no excedas el modo de hablar, para que no incurras en peligro por la immoderación de la lengua, las muchas palabras no evitan la culpa, el mucho hablar no evita el pecado, el río desbordante pronto recoge lodo, el viento del mar más allá del límite trae peligro, la excesiva lluvia suscita peligro, el hombre locuaz es inexperto; el sabio usa pocas palabras; el conocimiento hace el discurso breve; hablar mucho es necedad, pues la voz del insensato está en la multiplicación del discurso. Que haya, pues, medida en la palabra, que haya balanza en el discurso, siempre modera tus palabras, no excedas el modo de hablar.

50. También corta de la lengua el vicio de la detracción. No laceres la vida ajena, no contamines tu boca con el mal ajeno. No detraigas al pecador, sino compadécete; lo que

detraes en otro, más bien témele en ti. La detracción es un grave vicio, la detracción es un grave pecado, la detracción es un grave crimen, la detracción es una grave condenación. Todos lo reprueban, todos lo vituperan, nada es más feo que esto, es de suma torpeza.

51. Es costumbre de los perros ladrar, de los perros sacar la lengua, de los perros morder con diente pestilente, solo los perros saben criticar; cuando detraes a otros, examínate; cuando muerdes a otro, reprende tus pecados; si quieres detraer, retuércete a tus pecados; no veas las faltas ajenas, sino las propias; atiende a tus vicios, no a los ajenos. Nunca detraerás si te examinas bien; sé, pues, solícito en tu corrección; sé atento a tu salvación y enmienda, no escuches a los detractores. No prestes oído a los susurradores.

52. Con igual culpa se juzga a los detractores y a los oyentes, a ambos se les impone igual peligro. Quien escucha al detractor y quien detrae son juzgados igualmente; lo que no te concierne, no lo busques, nunca desees conocer lo que los hombres hablan entre sí. No busques lo que cada uno dice o hace; evita la curiosidad, omite las preocupaciones de la vida ajena, omite la preocupación que no concierne a tu causa. Que ninguna curiosidad capture tu ánimo, que ninguna concupiscencia de curiosidad detestable te robe, ni, olvidado de tus costumbres, busques las ajenas; corrige tus vicios con tanto cuidado como observas los ajenos.

53. También huye con sumo cuidado de todo tipo de mentira; ni por casualidad, ni por estudio hables falsedad; ni te esfuerces en mentir para complacer; ni defiendas la vida de alguien con cualquier engaño. Cuida la mentira en todo, pues con la mentira se quita la fe, se induce al error, se abole la verdad; no hay mentira justa, toda mentira es pecado. Todo lo que discorda de la verdad es iniquidad.

54. Las leyes del siglo condenan a los falsificadores, castigan a los mentirosos, destruyen a los engañadores. Si las mentiras son condenadas por la ley entre los hombres, si el engaño es castigado por el juicio humano, si la falsedad se inscribe con pena capital, ¿cuánto más ante Dios, testigo de las palabras? ante quien cada uno dará cuenta incluso de la palabra ociosa, ante quien cada uno pagará por el discurso ocioso, pues la boca que miente mata el alma; y: Destruirás a los que hablan mentira (Sal. V, 7); y: el testigo falso no quedará impune (Proverb. XIX, 5, 9).

55. Rechaza, por tanto, el engaño, evita la mentira; cuida de no ser falso, habla con pureza, nunca mientas, sé veraz, no engañes a nadie mintiendo, no induzcas a nadie al error con mentiras, no engañes a nadie con palabras, no engañes a nadie mintiendo con argumentos verbales. No digas una cosa y hagas otra; no hables de una manera y pienses de otra en tu corazón; muestra afecto sin simulación, exhibe bondad sin hipocresía.

56. Prohíbe también para ti el juramento, elimina el uso de jurar; prohíbete a ti mismo el juramento; pues es peligroso jurar, la asiduidad de jurar crea el hábito del perjurio. El uso de jurar conduce al perjurio; que en tu boca esté el "sí" y el "no" (Mat. V, 37); la verdad no necesita juramento; la palabra fiel retiene el lugar del sacramento, también firme sea la fe de tu sacramento.

57. Haz el bien que prometiste. No seas fácil en las palabras y difícil en la obra. No prometas algo fácilmente ante Dios; no hagas votos sin considerar tus fuerzas; no prometas lo que no puedes hacer. Serás muy culpable ante Dios si no devuelves lo que has prometido; desagradan a Dios quienes no cumplen sus votos.

58. Se cuentan entre los infieles aquellos que no cumplen lo que prometieron; pues es mejor no prometer que no cumplir la promesa (Ecl. V, 4). En promesas malas, rompe la fe; en votos vergonzosos, cambia el decreto; no hagas lo que prometiste imprudentemente, es impía la promesa que se cumple con maldad.

59. Ante Dios nada está oculto, no digas en tu corazón una palabra iniqua: no creas que una mala palabra puede esconderse en silencio. Toda palabra oculta no quedará sin ser revelada; se manifiesta en lo visible lo que se deposita en lo oculto; lo que haces o dices en tu interior, considéralo expuesto públicamente. Las piedras con las que hablamos como testigos no callarán, y las mismas paredes no guardarán silencio sobre lo que oigan. Si los hombres callan, los animales hablarán. Así, evita los pecados como si no pudieras ocultarlos. Peca donde no sepas que Dios está: nada se oculta ante Dios, Él ve lo oculto quien hizo lo escondido.

60. Serás culpable ante los juicios divinos, aunque estés oculto a los ojos humanos. Dios está presente en todas partes, su espíritu lo llena todo: su majestad penetra todos los elementos, alcanza todo con la presencia de su poder, fuera de Él no hay lugar. Nada está oculto a su conocimiento, todos los secretos son penetrados por la fuerza de su virtud, no permite que nada oculto le quede escondido, no hay barreras que le impidan penetrar. Él conoce los pensamientos, Él inspecciona el corazón; lo que se hace o se oculta en el interior, Él lo ve; lo que se dispone en el interior, Él lo comprende, incluso lo que el hombre ignora en sí mismo, Él lo sabe.

61. Nadie puede huir de sí mismo, y si la fama pública no te condena, tu propia conciencia te condena: no hay pena más grave que la conciencia; ¿quieres nunca estar triste? vive bien: una mente segura soporta la tristeza con ligereza, una buena vida siempre tiene alegría, pero la conciencia culpable siempre está en pena. Un alma culpable nunca está segura, pues la mente mala es agitada por los propios estímulos de la conciencia. Si permaneces en el bien, la tristeza se alejará de ti; si perseveras en la justicia, la tristeza no te alcanzará; ni la plaga ni la muerte te asustarán si has vivido bien y piadosamente.

62. Convierte siempre tu consejo y obra hacia el Señor. En toda tu obra pide la ayuda de Dios. Atribuye todo a la gracia divina, al don divino; no atribuyas nada a tus méritos, no presumas nada en tu virtud, no pongas nada en la audacia; ¿quieres que tus virtudes crezcan? no las exhibas; oculta las virtudes por la exaltación, esconde las buenas obras por la arrogancia, evita parecer lo que mereciste ser; lo que puedes perder manifestando, guárdalo callando; revela, sin embargo, los vicios de tu corazón; manifiesta inmediatamente los pensamientos perversos; pues el pecado revelado se cura rápidamente, pero el crimen callado se amplía, la culpa crece en silencio: si el vicio se hace patente, se hace pequeño de grande; si se oculta, se hace grande de pequeño; si se cubre, se cree que es más malo; es mejor evitar el vicio que corregirlo, no sea que, una vez incurrido, no puedas revocarlo.

63. El hábito es difícil de vencer. Las cadenas de la costumbre apenas se rompen, lo que se ha arraigado durante mucho tiempo se corrige más lentamente. Delibera mucho tiempo sobre una sentencia incierta, piensa mucho antes de actuar, medita mucho antes de la obra: madura el consejo para que puedas llevarlo a cabo; lo que deseas hacer, examínalo mucho tiempo, pruébalo mucho tiempo, y luego actúa: cuando hayas pensado mucho, entonces haz lo que hayas aprobado; nada grande se hace precipitadamente, la demora del consejo es mejor. Sin embargo, en cosas ciertas, elimina de ti la tardanza en hacer el bien, elimina las demoras, no difieras nada para mañana: en las cosas buenas, la dilación es perjudicial, en estas, lo que conviene diferir impide; que no haya negligencia perezosa en las cosas buenas, que no haya

negligencia adormecida. El vicio de la pereza del inerte esté lejos, los vicios captan rápidamente a los inertes. Por la pereza, las fuerzas y el ingenio se desvanecen. La negligencia y la pereza disuelven el ánimo, la naturaleza se corrompe por la desidia, el ingenio se enfría por la desidia.

64. La pereza supera el sentido, la torpeza extingue la luz del conocimiento; sin embargo, la diligencia mejora el sentido, la negligencia lo empeora, la desidia embota el sentido, la industria agudiza la pereza, la naturaleza se hace más excelente con la doctrina, el ingenio se hace más ardiente con el estudio añadido. Los ingenios más lentos se agudizan con los estudios, la industria despierta la pereza de la naturaleza. La asiduidad agudiza la lentitud del sentido. El sentido progresa con la práctica, se sabe más con la experiencia. A menudo la naturaleza se cambia por las costumbres, a menudo la naturaleza se supera por la costumbre, pues la asiduidad hace las costumbres. El uso constante se convierte en naturaleza. Todo cede al uso, todo obedece al uso, las cosas se comportan según las usas. Lo que comenzaste con dificultad, lo completarás con placer por el uso.

65. Nada es mejor que la sabiduría, nada más dulce que la prudencia, nada más agradable que el conocimiento, nada peor que la necedad, nada más detestable que la insensatez, nada más vergonzoso que la ignorancia; la ignorancia es madre de errores, la ignorancia es nodriza de vicios. El pecado prevalece más por la ignorancia; pues la ignorancia no siente lo que es digno de culpa, la ignorancia no reconoce cuándo peca. Por la inexperiencia, muchos pecan, el insensato peca continuamente. El indocto se engaña fácilmente. El necio cae rápidamente en los vicios. Sin embargo, el prudente detecta rápidamente las insidias, el prudente reconoce más rápidamente los errores; no evitamos lo nocivo sino por la sabiduría.

66. Pues el conocimiento se abstiene de los males, el sabio examina todo prudentemente. El sabio juzga discerniendo entre el bien y el mal. El mayor bien es saber qué evitar, la mayor miseria es no saber hacia dónde dirigirse. Ama, por tanto, la sabiduría, y se te manifestará, acércate a ella, y se acercará a ti, sé constante con ella, y te instruirá.

67. Aprende lo que no sabes para que no se te encuentre un maestro inútil; primero sé oyente, luego maestro: recibe el nombre de maestro por la disciplina; di el bien que oigas, enseña el bien que aprendas; no desprecies el estudio de aprender y enseñar. La ciencia que concibes con el oído, derrámala con la boca. Al compartir la sabiduría con los demás, más la aumentas para ti; cuanto más se da la doctrina, más abunda. La sabiduría se hace más generosa al dar, se reduce al retener; la ciencia es más abundante al compartir, y cuanto más se confiere, más abunda.

68. Sin embargo, precedan las obras a las palabras, lo que prometes con la boca, cúmplelo con la obra; lo que enseñas con palabras, muéstralo con ejemplos; sé no solo maestro, sino también imitador de la virtud. Si enseñas y haces, entonces serás considerado glorioso. No basta con alabar lo que dices, si no unes los hechos a las palabras. En la misma doctrina, modérate de la alabanza humana. Instruye a otros de tal manera que te cuides a ti mismo. Enseña de tal manera que no pierdas la gracia de la humildad. Cuida de no, al elevar a otros enseñando, hundirte tú mismo por el deseo de alabanza. Y cuando enseñes, no uses la oscuridad de las palabras, habla de manera que se te entienda, no desagrades a los simples hablando, ni ofendas a los prudentes.

69. El discurso del maestro será según el entendimiento del oyente, la doctrina debe impartirse según las costumbres. Los remedios deben aplicarse según la herida; las diversas voluntades desean una disciplina variada, cada uno debe ser enseñado según su profesión.

Debe observarse la variedad de las personas; trata cómo educar a cada uno; habla de lo común a todos, de lo secreto a los más perfectos; lo abierto a todos, lo oculto a pocos; pues algunas cosas deben ser discutidas con muchos, otras con pocos.

70. En todo momento, estate preparado para la instrucción; que no haya tiempo vacío en el que no edifiques, que no pase hora en la que no contribuyas al estudio de la doctrina, predica abiertamente y con constancia las buenas palabras, no te avergüences de hablar lo que sabes defender; lo que sientes que te falta de conocimiento, búscalo en otros, pues lo oculto se aclara con la comparación, lo difícil se abre con la conferencia.

71. Sin embargo, no tengas curiosidad por saber lo oculto. Evita indagar lo que está alejado de los sentidos humanos. Omite, como secreto, lo que no aprendiste por la autoridad de las Escrituras. No busques más allá de lo que está escrito, no indagues más de lo que predicán las letras divinas. No desees saber lo que no se permite saber: la curiosidad es una presunción peligrosa, la curiosidad es una pericia dañosa; provoca la herejía, precipita la mente en fábulas sacrílegas, en causas oscuras hace audaces, en cosas ignoradas hace precipitado.

72. En la disposición, elimina la contienda, elimina la defensa obstinada de vencer, cede rápidamente a la verdad, no contradigas la justicia, no te esfuerces por anular lo que es recto. Contienda con derecho, no con fraude, no te juzgues más experto que otros, ni te prepares para disputas contrarias, ni te esfuerces por vencer contra la verdad. En toda disputa, mantén la razón, estudia disputar, no superar; ama más escuchar que hablar, más escuchar que hablar.

73. Al principio escucha, habla al final; el final tiene más honor; en toda cosa se busca el final, se buscan los extremos. Mejor es el final que el principio, mejor el último discurso que el primero: venera a todos los que son mejores en ciencia y vida, venera a cada uno por su mérito de santidad. Atribuye la reverencia adecuada al grado superior. Según la dignidad, devuelve a cada uno el honor.

74. No te muestres igual al superior. Presta obediencia a los mayores, sirve a sus mandatos, cede a su autoridad, obedece su voluntad. Ofrece obediencia justa a los mayores, obedece a todos en buenos preceptos. Sin embargo, obedece al hombre de tal manera que no ofendas la voluntad de Dios.

75. No accedas a hacer el mal si te lo ordenan; no consientas en hacer el mal si te lo ordenan. No consientas en el mal a ninguna autoridad, incluso si te obliga la pena, si amenazan los castigos, si se presentan tormentos; es mejor sufrir la muerte que cumplir órdenes perniciosas, es mejor ser degollado por el hombre que ser condenado por el juicio eterno; no solo los que hacen, sino también los cómplices del pecado son culpables, pues no está libre de culpa quien obedeció para que se hiciera. Es similar quien obedece en el mal a quien hace el mal, la misma pena constriñe al que hace y al que obedece.

76. Procura ser más venerado que temido por los súbditos, que los subordinados te respeten más que te teman, que se adhieran a ti más por el deber del amor que por la necesidad de la condición; hazte tal para los súbditos que seas más amado que temido. Pues del respeto procede el amor, el odio trae el temor; el miedo quita la fidelidad, el afecto la restituye; el temor no guarda la fidelidad duradera. Donde hay temor, sigue la audacia; donde hay miedo, se presenta la desesperación.

77. Por lo tanto, modera la severidad del dominio, gobierna a los súbditos con suma bondad, no seas terrible con los subordinados. Domínalos de tal manera que se deleiten en servirte; y

en la disciplina y en la modestia guarda la medida; no concedas ni demasiado ni poco, ni perdones poco ni mucho. Mantén la medida en toda obra, en toda cosa mantén el temperamento, no hagas nada con intemperancia, ni menos ni más de lo necesario, ni más allá de lo que conviene, ni por debajo; incluso en las cosas buenas no conviene ser immoderado.

78. Todo lo moderado es útil, todo en su medida es perfecto; lo que se hace con templanza es saludable. Sin embargo, los bienes con uso immoderado se vuelven nocivos. Pues toda excesividad se considera un vicio; todo lo que se hace con moderación se hace saludablemente, lo que se hace con templanza es saludable. Modera todo prudentemente, no sea que de lo bueno se haga malo, observa también qué es adecuado para cada tiempo, qué, dónde, cuándo, cómo, cuánto tiempo debes hacer.

79. Observa las causas de las cosas y las reglas de los tiempos, reconoce la discreción de cada obra; distingue diligentemente todo lo que haces; sabe cómo comenzar bien, cómo llevar a cabo, en toda acción mantén la discreción, en ninguna cosa aparezcas indiscreto. Sirve a cada virtud adecuadamente en su tiempo; cuando hayas distinguido bien tu obra, serás óptimamente justo. Todo lo que hagas bien con discreción es virtud; todo lo que hagas sin discreción es vicio.

80. Pues la virtud indiscreta se considera vicio, la virtud sin discreción ocupa el lugar del vicio; muchas cosas están viciadas por la costumbre, muchas asumidas por un uso perverso, muchas usurpadas ilícitamente contra las costumbres pudorosas; elimina la costumbre, guarda la ley; el uso ceda a la autoridad, la ley y la razón venzan al uso perverso.

81. Lo que quieres que te hagan, hazlo a otro; lo que quieres que otro te haga, hazlo tú a él: sé para los demás como deseas que otros sean contigo. No perjudiques a nadie con tu testimonio, no uses tu voz de testificación para el peligro de nadie. Que tu palabra no dañe ni al alma de nadie ni a sus bienes. Lo que no quieres sufrir, no lo hagas; lo que no quieres que te hagan, nunca lo hagas a otro; no inflijas males a otro, para que no sufras similares. Guarda la modestia en ti, guarda la justicia en los demás, mantén la equidad del derecho, sigue la verdad de los juicios.

82. No defiendas a nadie contra la verdad; mientras juzgas, no te desvíes de la verdad por el afecto a ninguna persona. Sea pobre o rico, considera la causa, no la persona. En todo guarda la verdad, no te dejes mover por ninguna ambición o precio. Desprecia también el soborno, para que la justicia no se corrompa por ello; los sobornos siempre prevarican la verdad. Pues la justicia se viola rápidamente con el oro, se corrompe rápidamente con el soborno; no busques ganancias temporales de un juicio justo, no busques ninguna recompensa del mundo por la justicia. Distribuye la justicia solo por la recompensa eterna.

83. Pues quien busca los dones presentes, no espera la gloria futura; quien recibe bienes aquí, no tiene más premio que esperar. Pues mientras juzgas, juzga por la recompensa futura; no busques que se te devuelva lo que se te debe en el futuro. Libera tus manos de todo soborno, si deseas habitar en las alturas. Sin embargo, nunca te sientes en juicio sin misericordia. Guarda la discreción de la justicia; no seas más justo de lo que es justo (Ecl. VII, 17). Pues todo lo que es excesivo es vicio. Es impía la justicia que no perdona la fragilidad humana. No ames, por tanto, condenar, sino más bien corregir y enmendar.

84. Por lo tanto, mantén el rigor en la discusión de la justicia, en la definición de la sentencia la misericordia; que la piedad siga al examen del juicio, que la indulgencia modere la censura de la severidad. Sé tan clemente en los delitos ajenos como en los tuyos, no juzgues a nadie

más estrictamente que a ti mismo; no peses de manera diferente a ti y a los demás. Juzga a los demás como deseas ser juzgado. Pues al perdonar el pecado ajeno, te compadeces de ti mismo. Con la misma ley y condición de pena con que juzgues a alguien, serás juzgado. Tu ley te constriñe.

85. El juicio que impones a otros, lo llevarás tú mismo; pues en lo que juzgas, tú mismo serás condenado, y con la medida con que midas, se te medirá (Mat. VII, 2). Sin embargo, primero investiga todo, y con justicia definirás. No condenes a nadie antes del juicio, no juzgues a nadie por el arbitrio de la sospecha, primero prueba, y luego juzga; pues no es culpable quien es acusado, sino quien es convencido. Es peligroso juzgar a alguien por sospecha.

86. En lo ambiguo, guarda la sentencia para el juicio de Dios, lo que sabes, encomiéndalo a tu juicio, lo que no sabes, al juicio divino; no puede ser condenado por el examen humano quien Dios ha reservado para su juicio. No juzguemos lo incierto, hasta que venga el Señor, quien saca a la luz lo oculto, quien iluminará lo escondido en las tinieblas, quien manifestará los consejos de los corazones (I Cor. IV, 2): aunque sean verdaderas, no deben creerse, a menos que se comprueben con indicios ciertos, a menos que se convenzan con un examen manifiesto, a menos que se publiquen en orden judicial.

87. Hombre, en el más alto honor, que la mayor humildad sea para ti, aunque estés en el más alto honor, mantén la humildad. Si mantienes la humildad, tendrás gloria; pues cuanto más humilde seas, más te seguirá la altura de la gloria. Aunque la sublimidad del poder esté en ti, reprímela con humildad, que el honor no te exalte, somete con humildad la cumbre de la sublimidad; sé tanto más conspicuo en mayor humildad cuanto más grande es la dignidad que te ha sido conferida.

88. Recibe también humildemente las cargas que te han sido impuestas. Cumple el ministerio encomendado con mente sumisa, sé obediente a la disposición divina, no te atrevas a contradecir su voluntad. Ejerce moderadamente los derechos del poder adquirido. Administra con ánimo ordenado los derechos del poder aceptado. Dispón todo no con corazón turbulento, sino tranquilo. Evita los honores que no puedes mantener sin culpa. La sublimidad de los honores es la magnitud de los crímenes, en un grado mayor, sin duda, es mayor la pena.

89. Quien es menor, está más cerca del perdón. Sin embargo, los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7). Pues el juicio más duro se hará sobre los que presiden (Luc. XII, 48). A quien mucho se le da, mucho se le pedirá; a quien más se le confía, más se le exigirá. Los honores llevan consigo peligros, el poder se pone en peligro rápidamente, rápidamente sufre ruina. Cuanto mayor es el honor, mayores son los peligros. Un árbol alto es agitado más fuertemente por los vientos, y sus ramas se rompen más rápidamente en la caída; las torres altas caen con una caída más grave. Los montes altísimos son golpeados por frecuentes rayos.

90. En el poderoso, la envidia cae rápidamente, rápidamente se expone a las insidias el glorioso. Pues la gloria engendra envidia, y la envidia, peligros. Aunque alguien brille en la gloria del mundo, aunque resplandezca con púrpura y oro, aunque se destaque adornado con vestiduras preciosas, aunque esté protegido por una multitud, aunque esté protegido por las armas de los guardias, aunque esté rodeado por innumerables filas de servidores, aunque esté seguro con ejércitos, siempre está en pena, siempre en angustia, siempre en tristeza, siempre en peligro; duerme en lechos de seda, pero turbado; yace en plumas, pero pálido; en lechos de oro, pero turbado.

91. Breve es la felicidad de este mundo, modesta es la gloria de este siglo, caduca y frágil es la potencia temporal. Dime, ¿dónde están los reyes? ¿dónde los príncipes? ¿dónde los emperadores? ¿dónde los ricos en bienes? ¿dónde los poderosos del siglo? ¿dónde los ricos del mundo? Pasaron como sombra, se desvanecieron como un sueño. Se buscan y no están; las riquezas conducen al peligro, las riquezas arrastran a la ruina, muchos han peligrado por las riquezas. Muchos han caído en peligro por las riquezas; para muchos las riquezas han sido fatales, para muchos las riquezas han generado la muerte.

92. Nunca tiene descanso de mente quien se somete a las preocupaciones terrenales; las preocupaciones de las cosas perturban la mente, los cuidados de las cosas agitan la mente. La potencia de la preocupación nunca carece de angustias. Si, por tanto, deseas estar tranquilo, no anheles nada del siglo; siempre tendrás descanso de mente si rechazas de ti las preocupaciones del mundo; siempre disfrutarás de la quietud interna si te apartas del ruido de las acciones terrenales.

93. Si desprecias lo presente, sin duda encontrarás lo eterno; si pisoteas las cosas seculares y humanas, recibirás fácilmente y con ligereza la gracia celestial, y reinarás con aquel que domina a vivos y muertos. Las riquezas nunca se adquieren sin pecado, las riquezas nunca se administran sin pecado. Nadie administra las cosas terrenales sin pecado. Es muy raro que quienes poseen riquezas tiendan al descanso; quienes se implican en preocupaciones terrenales se separan del temor de Dios. Quien se fija en el amor a las cosas, en Dios no se deleita en absoluto.

94. Los cuidados de las cosas apartan de la intención de Dios. Nadie puede abrazar simultáneamente la gloria de Dios y la del siglo; nadie puede abrazar simultáneamente a Cristo y al siglo. Es difícil servir al mismo tiempo a los cuidados celestiales y terrenales, es difícil amar simultáneamente a Dios y al mundo. No se pueden amar ambos al mismo tiempo y por igual. Es difícil, más bien imposible, disfrutar de los bienes presentes y futuros, llenar aquí el vientre y allí la mente, pasar de delicias a delicias, ser el primero en ambos siglos, aparecer glorioso en la tierra y en el cielo. Por Dios, renuncia a todo, suspéndete de los cuidados del siglo por Dios, esfuérate por servir a Dios sin impedimento del siglo.

95. Que ningún amor del mundo te separe del amor de Dios, que ningún cuidado te aparte del amor de Dios, que ninguna preocupación de las cosas te suspenda de la intención de Dios. Rechaza de ti todo lo que pueda impedir el buen propósito. Con todo tu ánimo, odia y desprecia lo que el mundo ama; sé muerto para el mundo, y el mundo para ti; no mires la gloria del mundo como un muerto, sepárate del afecto de esta vida como un muerto. Como sepultado, no tengas cuidado del siglo. Como difunto, prívate de todo negocio terrenal. Desprecia en vida lo que no puedes tener después de la muerte.

96. Lo que tienes, tenlo para la misericordia; que tu virtud ayude a la necesidad del indigente. Si conoces a alguien en necesidad, si ves a alguien reducido a la pobreza, si ves a alguien despojado por el robo de otro, si ves a alguien oprimido, si ves a alguien humillado, no desprecies a nadie, no desestimes a nadie, no desprecies a nadie, no dejes a nadie vacío, que nadie se aleje de ti triste, que nadie se vaya de ti confundido. Comunica a todos, da a todos, ofrece a todos; no elijas a quién mostrar misericordia, no sea que pases por alto a quien merece recibir. No sabes por quién más agradarás a Dios, no sabes para quién se prepara mayor fruto de justicia.

97. Todo lo que distribuyas, distribúyelo con afecto; todo lo que des, dalo con alegría. Ofrece misericordia sin murmuración; ofrece limosna sin tedio. Que la benevolencia sea mayor que lo que se da, que la gracia sea mayor que lo que se gasta. Tal será tu obra como sea tu intención; lo que se dispensa con buen afecto, eso lo recibe Dios; pero quien da con tedio, pierde la recompensa; quien extiende la mano con tristeza, pierde el fruto de la remuneración; quien da con tristeza, no percibe el fruto de la retribución. No hay misericordia donde no hay benevolencia.

98. De tus justos trabajos, ministra a los pobres; no quites a uno para dar a otro, ni te muestres misericordioso con el despojo ajeno. No sirve de nada si alimentas a uno de lo que dejas vacío a otro. Esa misericordia condena, no propicia. Tal misericordia no purga los pecados, sino que los amplifica. Haz el bien que haces por causa de la misericordia, no por jactancia; no busques nada por alabanza, nada por opinión temporal, nada por fama, sino por la vida eterna; todo lo que hagas, hazlo por la recompensa futura; que la expectativa de la remuneración eterna te sostenga más. No busques lo que beneficia a esta vida, sino lo que beneficia a la gloria de la vida eterna.

99. Si aquí se busca la alabanza, allí se pierde la remuneración. Los justos reciben su recompensa, no aquí, sino en el futuro. La recompensa futura, no la presente, se promete a los justos. En el cielo, no en la tierra, se promete la recompensa a los santos; no se debe esperar aquí lo que se debe en otro lugar.

100. He aquí que has recibido advertencias, se te ha dado una norma de vida, ninguna ignorancia te excusa ya del pecado, no eres ya ignorante de la vida, no eres imprudente ni ignorante; te he expuesto la ley que debes seguir, te he descrito cómo debes ser, tienes el conocimiento de los mandamientos. Ya sabes qué es vivir rectamente; cuida de no ofender más, cuida de no despreciar el bien que conoces, cuida de no despreciar lo que ves al leer viviendo. Retén el don de la ciencia recibido, cumple con la obra lo que aprendiste en la predicación.

101. Doy gracias, devuelvo gracias, repito acciones de gracias, pago acciones de gracias. Doy y tengo abundante gratitud hacia ti; celebro cuantas gracias puedo, doy cuantas gracias puedo por mis fuerzas. Muchas cosas me has concedido, muchas me has otorgado, muchas me has dado con especial misericordia. Todo me agrada, todo es grato, todo ha quedado en mi ánimo, todo me halaga, todo me deleita. ¿Qué satisfacción, pues, pagaré? ¿Qué remuneración devolveré? ¿Qué puedo compensar por tus dones, sino usar tus preceptos, obedecerte siempre, seguirte, obedecerte cuando mandas?

102. Tú eres el guía de la vida, tú la maestra de la virtud. Tú me conduces como regla en línea recta. Tú eres la que nunca te apartas del recto camino. Tú eres la que nunca te desvías de la verdad. Tú, inventora de los bienes, tú, maestra de las costumbres, investigadora de las virtudes, sin la cual nada puede ser la vida del hombre. Por ti se da a todos la regla de vida. Por ti los hombres son llevados de la depravación de la vida a una vida mejor.

103. Con tus preceptos se forman los ánimos. Si algo está torcido, tú lo corriges; si algo debe corregirse, tú lo enmiendas. Nada me es más querido que tú, nada más dulce que tú. Nada me es más suave que tú, nada más agradable que tú, nada más halagador que tú, nada más ligero que tú, nada más santo que tú, tú me agradas más que mi propia vida.